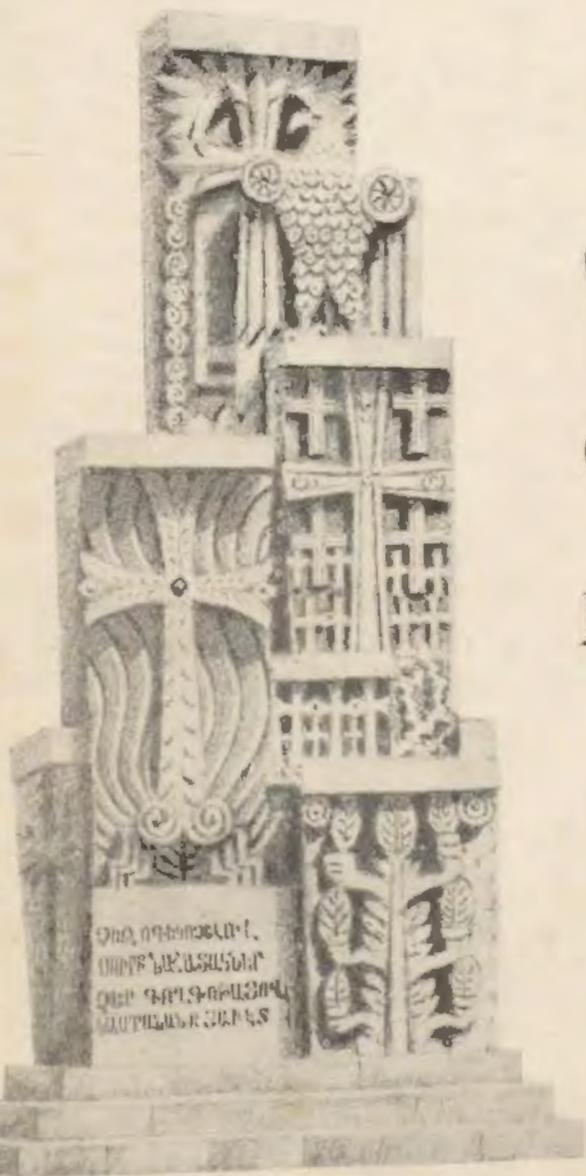


HENRY MORGENTHAU

MEMORIAS



Testimonio
sobre
el Genocidio
Cometido
por los Turcos
Contra
el Pueblo
Armenio

HENRY MORGENTHAU

MEMORIAS



Publicación de la
Comisión Pro Causa Armenia
de la América Latina



BUENOS AIRES
1975

Հասցե
Վրացական հանրապետություն
Թբիլիսի
Մ. Պլեխանովի 2
30-6-90

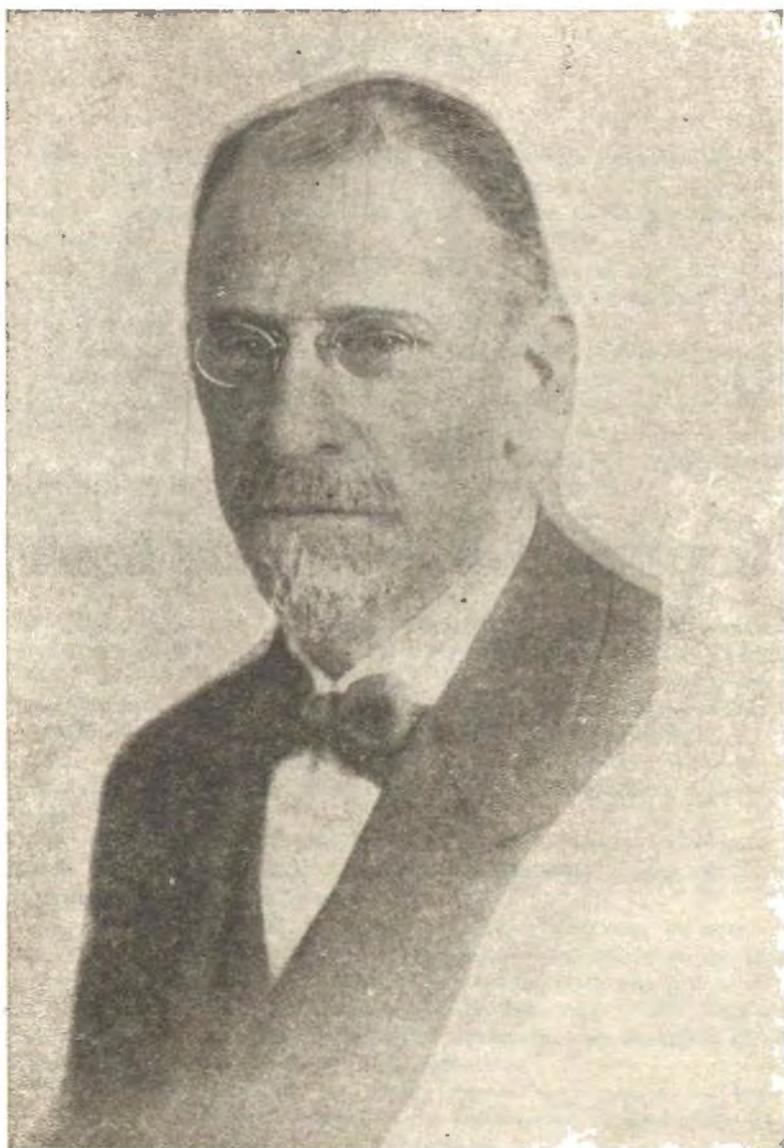
58771

ԵՊՀ ԳՐԱԴԱՐԱՆ
Библиотека ЕГУ

ԵՊՀ Գրադարան



SU0221093



HENRY MORGENTHAU

9(566)
11-84

1915 - 1975

Sexagenario de la Gran Tragedia Armenia

PROLOGO

El gran historiador René Grousset, de la Academia Francesa, ha escrito: "En el gran duelo que se perseguía entre Europa y Asia, Armenia había tomado partido por la civilización europea, como se decía entonces, por la Cristiandad".

Los armenios fueron los primeros que adoptaron el cristianismo como religión oficial de estado (301) y hasta la primera guerra mundial defendieron con su sangre la cruz y la doctrina de Cristo.

En el transcurso de los siglos los armenios, como pueblo cristiano, fueron perseguidos, saqueados y masacrados por los turcos. Las atrocidades turcas dieron origen a la Cuestión Armenia, y desde fines del siglo XIX los armenios lucharon con todos los medios a su alcance para obtener la igualdad de sus derechos políticos y garantías de seguridad y trabajo en todo el ámbito del Imperio Otomano. Cuando en 1908 estalló la revolución en Turquía y se estableció un régimen constitucional, los armenios saludaron alborozados el nacimiento de la "Nueva Turquía", esperando que la Cuestión Armenia habría de tener una solución definitiva y justa.

Sin embargo, los Jóvenes Turcos que detentaban el poder, aplicaron otros métodos para acabar con la Cuestión Armenia. Para que ella desapareciera por siempre, resolvieron suprimir a los armenios que habitaban en Turquía y apoderarse de sus tierras y pertenencias. El bestial proyecto fue puesto en ejecución durante la primera guerra mundial, que fue la ocasión propicia que aprovecharon los Jóvenes Turcos para liquidar al pueblo armenio.

Con esta acción, Turquía perpetró el primer genocidio del siglo XX, probado en numerosos documentos oficiales y por innumerables referencias históricas.

Así, Mewlazada Rifar, miembro del Comité de Unión y Progreso (el partido de los Jóvenes Turcos), en su libro "Entretelones oscuros de la revolución turca", informa lo siguiente:

"A principios de 1915 el Comité de Unión y Progreso, en una sesión secreta presidida por Talaat, decidió el exterminio de los armenios. Se designó una comisión ejecutora del programa de exterminio integrada por el doctor Nazim, el ministro de educación Shukri y el Dr. Behaeddin Shakir. Esta comisión decidió liberar de la prisión a 12.000 criminales que cumplían diversas condenas y encargarles la masacre de los armenios".

Después de la ocupación de Alepo cayeron en manos de los ingleses una serie de documentos que prueban que, ciertamente, el exterminio de los armenios había sido organizado por el gobierno turco. Véase, por ejemplo, la circular dirigida a todos los gobernadores:

"A la Prefectura de Alepo: Ya se ha comunicado que el gobierno ha decidido exterminar totalmente a los armenios habitantes en Turquía. Los que se opongan a esta orden no podrán pertenecer ya a la administración. Sin miramientos por las mujeres, los niños y los enfermos, por trágicos que puedan ser los medios de exterminio, sin escuchar los sentimientos de la conciencia, es necesario poner fin a sus existencias.

El Ministro del Interior, Talaat.

13 de septiembre de 1915".

El Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica en Turquía, Henry Morgenthau, que desempeñó esa función entre 1913 y 1916, fue testigo viviente de la Gran Tragedia armenia. El diplomático estadounidense no sólo asistió a las atrocidades cometidas por los turcos sino que tuvo la valentía de protestar y defender a los armenios, quienes en numerosas ocasiones supieron luchar heroicamente para salvar sus vidas y su honor.

Estamos convencidos de que la publicación de las Memorias de Henry Morgenthau contribuirá a un mayor esclarecimiento de la Cuestión Armenia, indiscutiblemente legítima y justa.

Presentamos a continuación algunos datos biográficos del autor, por quien el pueblo armenio no tiene sino sentimientos de gratitud y reconocimiento.

Henry Morgenthau nació en Mannheim, Alemania, en 1856. Tenía casi cincuenta años cuando ocurrieron los acontecimientos que relata en sus Memorias. A los nueve años su familia se trasladó a los Estados Unidos; allí se recibió de abogado, se dedicó a las finanzas y llegó a ser uno de los banqueros más poderosos del país. Su apoyo a Wilson le valió, en 1913, el nombramiento de embajador en Turquía. Se desempeñó allí tres años, con brillo y heroísmo, en medio de una tensión constante. Hizo lo imposible en favor de los armenios, y si sus esfuerzos fueron casi inútiles —una gota en el océano!—, al menos luchó cuanto pudo. Por esta causa su situación se hizo tan insostenible que en 1916 debió ser trasladado a Washington. Su defensa de los armenios católicos le fue agradecida especialmente por el Papa cuando lo visitó en 1919. Luego fue embajador en México, y en 1923, presidente de la Comisión para Ayuda a los Refugiados Griegos, organizada por la Sociedad de las Naciones. Obtuvo alojamiento, trabajo y créditos, y el gobierno de Atenas no tuvo más que continuar su obra.

Escribió varias obras importantes: "Un drama internacional", sobre los refugiados griegos; "Todo en una vida"; "A orillas del Bósforo". En 1933 anticipó, en un nuevo libro, la inminencia de la guerra mundial. Fue, particularmente un gran filántropo y un hombre de intensa fe religiosa. Murió y terminó la Segunda Guerra Mundial, en 1946.

Sus Memorias ya vieron la luz en 1920 en castellano, en la desaparecida "La revista del mundo".

CAPITULO XXII

EL TURCO VUELVE AL TIPO DE LOS ANTEPASADOS

La retirada de la flota aliada de los Dardanelos tuvo consecuencias que el mundo aún no ha comprendido del todo. El resultado real del acontecimiento (como dije anteriormente) fue aislar al Imperio Turco del mundo entero, a excepción de Alemania y Austria-Hungría. Inglaterra, Francia, Rusia e Italia, que habían sujetado al Imperio Otomano durante un siglo, perdieron todo poder de influencia o control.

Los turcos percibieron entonces que gracias a una serie de acontecimientos extraordinarios se habían convertido de dependientes serviles, en agentes libres. Por primera vez en dos siglos podían ahora vivir su vida nacional de acuerdo con sus propias inclinaciones y gobernar sus pueblos de acuerdo con su propia voluntad. Hasta donde pude indagar, la primera manifestación de esta renovada vida nacional tuvo como consecuencia un incidente que se puede calificar como el más espantoso en la historia del mundo. La nueva Turquía liberada de la tutela europea celebró su renacimiento nacional con el asesinato de casi un millón de sus propios súbditos.

Me es imposible exagerar el efecto que produjo sobre los turcos la retirada de la flota aliada. Creyeron que habían ganado la gran batalla decisiva de la guerra. Decían que por varios siglos la flota británica había navegado victoriosamente por los mares y que ahora había encontrado su primer contratiempo grave en manos de los turcos. En los primeros momentos de su orgullo los dirigentes de los Jóvenes Turcos soñaron con la resurrección completa de su imperio. Esta nación, que había sido decadente por dos siglos, empezaba de pronto una nueva y gloriosa vida.

Con orgullo y arrogancia los turcos empezaron a mirar con desdén a pueblos que les habían enseñado lo que sabían acerca

del arte militar moderno, y cualquier insinuación relativa al hecho de que debían parte de su éxito a sus aliados alemanes, los enfurecía.

“¿Por qué tendríamos que sentir alguna obligación hacia los alemanes?”, solía decirme Enver. “¿Qué es lo que ellos han hecho por nosotros que pueda compararse con lo que nosotros hemos hecho por ellos? Es cierto que nos mandaron un poco de dinero y algunos oficiales, pero vea lo que hicimos nosotros: Hemos derrotado a la flota británica, cosa que tanto los alemanes como cualquier otra nación no ha logrado hacer. Hemos apostado ejércitos en el frente del Cáucaso entreteniéndolo así a una gran cantidad de tropas rusas que hubieran sido empleadas en el frente oeste. Asimismo, hemos obligado a Inglaterra a mantener muchas tropas en Egipto y en Mesopotamia, debilitando de esta forma a los ejércitos aliados en Francia. No, los alemanes nunca hubieran podido obtener sus éxitos militares sin nosotros; la obligación hacia nosotros la tienen ellos.”

Esta convicción dominaba a los dirigentes del partido Unión y Progreso; y pronto empezó a tener un efecto determinante sobre la vida nacional y la política turca. El turco es bruto y cobarde por naturaleza; es muy valiente cuando todo va de acuerdo con su voluntad, pero es bajo, servil y débil cuando lo golpean los contratiempos. Y ahora que los éxitos de la guerra favorecían claramente al imperio, comencé a ver el desarrollo de una personalidad turca completamente nueva. El otomano tímido y vacilante que tanteaba prudentemente en los vericuetos de la diplomacia europea, y buscaba la oportunidad de sacar ventaja de la división de las potencias europeas, se convirtió en una figura honrada, casi orgullosa, resuelta a vivir su propia vida, que miraba a sus enemigos cristianos con total desdén. Ví realmente una evolución notable en la psicología de la raza —un ejemplo casi clásico de retroceso a un modelo anterior. El turco andrajoso y tosco del siglo XX estaba desapareciendo, y en su lugar aparecía el turco de los siglos XIV y XV, el turco que había conquistado a todos los pueblos poderosos que aparecieron en su camino, y que había fundado en Asia, Africa y Europa, uno de los imperios más extensos que la historia ha conocido. Si hemos de apreciar exactamente al nuevo Talaat, al nuevo Enver y a los acontecimientos

que ocurrieron ahora, tenemos que conocer al turco, que bajo Osmán y sus sucesores tuvo esta influencia poderosa, pero desoladora, en el mundo. Tenemos que comprender que el factor básico de la mentalidad turca es el desprecio total por todas las otras razas. Este género humano está caracterizado por un orgullo casi demencial. El término común que el turco utiliza cuando se refiere al cristiano es "perro", y en su opinión ésta no es una figura solamente retórica; realmente considera que sus vecinos europeos tienen mucho menos valor que sus propios animales domésticos. Un viejo turco dijo una vez: "Hijo. ¿ves ese rebaño de cerdos? Algunos son blancos, otros negros, unos son grandes, otros chicos - son distintos uno del otro en algunos detalles, pero todos son cerdos. Es lo mismo con los cristianos. No te dejes engañar, hijo mío. Puede ser que estos cristianos usen ropa fina, que sus mujeres sean hermosas; tienen cutis blanco y brillante; muchos entre ellos son muy inteligentes y construyen ciudades maravillosas y crean estados que parecen admirables. Pero recuerda que debajo de todo este exterior deslumbrante son todos iguales - todos cerdos".

Casi todos los extranjeros, ante la presencia de un turco, son conscientes de esta actitud. A pesar de la cortesía servil del turco existe la sensación casi inconsciente de que se está apartando mentalmente de su amigo cristiano como si éste fuera impuro. A través de los siglos, la política otomana hacia los pueblos sometidos estaba dirigida por esta convicción básica. Esta multitud salvaje pasó arrasando desde las llanuras de Asia Central y como un torbellino se apoderó de los pueblos mesopotámicos y del Asia Menor; conquistó Egipto, Arabia, y casi toda la Africa del Norte, y luego se volcó sobre Europa, aplastó a los pueblos balcánicos, ocupó gran parte de Hungría e incluso instauró las fortalezas del Imperio Otomano en el sur de Rusia. Según mi criterio, los turcos otomanos tenían únicamente una gran calidad, la del genio militar. Tuvieron varios jefes militares de gran capacidad de mando y los primeros turcos conquistadores fueron combatientes fanáticos y tenaces como sus descendientes de hoy. Pienso que estos viejos turcos demostraron con claridad su carácter de bandidos en la política. Carecían de lo que se puede definir como lo esencial de una comunidad civilizada. No poseían alfa-

beto ni conocían el arte de escribir; no tenían libros, poetas, arte o arquitectura; no construyeron ninguna ciudad ni fundaron estados duraderos. Conocían únicamente la ley del más fuerte, y no tenían casi ninguna noción de agricultura ni de organización industrial. Eran simplemente jinetes salvajes y saqueadores cuyo único concepto del éxito era lanzarse sobre gente más civilizada y saquearla. En los siglos XIV y XV estas tribus invadieron la cuna de la civilización moderna, que había dado su religión y, hasta cierto punto, su civilización a Europa. En aquel tiempo esos territorios eran asiento de muchos pueblos pacíficos y prósperos. El valle mesopotámico tenía una gran población aplicada a la agricultura; Bagdad era una de las más grandes y prósperas ciudades existentes en esa época; la población de Constantinopla era mayor que la de Roma; y en la región balcánica y en Asia Menor había varios estados poderosos. La fuerza destructora del turco arrasó toda esta parte del mundo. En algunos años la Mesopotamia llegó a ser un desierto; las grandes ciudades del Cercano Oriente fueron reducidas a la miseria y los pueblos súbditos se convirtieron en esclavos. Todos los refinamientos de civilización que ha adquirido el turco en cinco siglos provienen de los pueblos sometidos, a los que tanto desprecia. Su religión viene de los árabes; el valor literario de su idioma se debe a algunos elementos que han sido introducidos por los árabes y los persas, y su escritura es árabe. El monumento arquitectónico más hermoso, la mezquita de Santa Sofía, era originalmente una iglesia cristiana, y toda la llamada arquitectura turca proviene de la bizantina. La industria y el comercio han quedado siempre en manos de los pueblos sometidos, griegos, judíos, armenios y árabes. Los turcos han aprendido poco del arte y de las ciencias europeas, han fundado pocas instituciones educacionales, y el analfabetismo predomina. En consecuencia, el Imperio Otomano ha llegado a un grado de pobreza sórdida y miserable que no existe en ninguna otra parte. El campesino turco vive en una choza de barro; duerme sobre piso de tierra; no tiene sillas, mesas, cubiertos, y la única ropa que posee es la que lleva puesta, y generalmente la usa por muchos años.

Con el transcurso del tiempo estos turcos pudieron aprender ciertas cosas de sus vecinos europeos y árabes, pero hay una



LOS GENOCIDAS TURCOS

(Ver al dorso)

- 1 — Talaat, ministro del Interior.
- 2 — Enver, ministro de Guerra.
- 3 — Said Halim, Gran Visir.
- 4 — Djemal, ministro de Marina.
- 5 — Dr. Suleimán Numan.
- 6 — Ahmed, padre de Enver.
- 7 — Husein Djahid, miembro del Comité de Unión y Progreso.
- 8 — Medjid, yerno del sultán e íntimo de Talaat y Enver.
- 9 — Ismail Hakim, responsable de los abastecimientos militares.
- 10 — Husein Hilmi, embajador en Viena.
- 11 — Rahmi, gobernador de Zmiurnia.
- 12 — Desconocido.
- 13 — Mithad Shukri, secretario general del Comité Unión y Progreso.
- 14 — Selaheddín, yerno del sultán y confidente de Talaat.

idea que nunca pudieron comprender. Para ellos, un pueblo conquistado no podía ser más que esclavo. Cuando se apoderaban de una región, la encontraban poblada de camellos, caballos, búfalos, perros, cerdos y seres humanos. Entre todos estos seres vivientes para ellos lo menos importante eran los que más se les asemejaban. Un dicho común entre ellos era que un caballo o un camello era mucho más valioso que un hombre; estos animales costaban dinero, mientras que los cristianos infieles abundaban en los países otomanos y era fácil obligarlos a trabajar. Es cierto que los primeros sultanes habían concedido algunos derechos a los pueblos sometidos y a los europeos residentes en el Imperio, pero esos mismos derechos reflejaban el desprecio existente hacia los no-musulmanes. He hablado ya de las "Capitulaciones". En aquella época los extranjeros en Turquía tenían sus propios tribunales, sus propias cárceles y otras instituciones. Pero los primeros sultanes concedieron estos privilegios no por espíritu de tolerancia, sino únicamente porque consideraban que los pueblos cristianos eran impuros y no debían tener contacto con el sistema administrativo y judicial otomano. Los sultanes también agruparon a los diversos pueblos armenios y griegos en "millets" o naciones separadas, no porque quisieran fomentar su independencia y su bienestar, sino porque los consideraban como personas despreciables y, por lo tanto, no aptas para ser miembros del estado otomano. La actitud del gobierno hacia sus súbditos cristianos se manifestaba mediante ciertas disposiciones que limitaban su libertad de acción. Los edificios de los cristianos debían ser de exterior modesto y sus iglesias no debían tener campanarios. Los cristianos no podían andar a caballo en las ciudades, pues ésto era privilegio exclusivo del noble musulmán. El turco tenía el derecho de probar el filo de su espada sobre la cabeza de cualquier cristiano.

¡Imagínese un gran gobierno con esta actitud hacia muchos millones de sus propios súbditos por años y años! Y por siglos enteros los turcos sólo vivieron como parásitos de este pueblo oprimido e industrial. Exigieron impuestos hasta el agotamiento económico, robaron sus hijas más hermosas y las obligaron a entrar en los harenes, se apoderaron de centenares de niños y los educaron como soldados musulmanes. No tengo la intención

de describir la terrible sujeción y opresión que perduró durante cinco siglos; mi propósito es insistir en esta actitud innata del turco hacia pueblos que no son de su raza y religión —que no son seres humanos con derechos, sino únicamente objetos, a los que se permite vivir cuando sirven al interés de sus amos, pero que pueden ser destruidos sin compasión cuando dejan de ser útiles. Esta actitud se intensifica con un desprecio total por la vida humana; el intenso placer con el cual los turcos infligen sufrimientos físicos es propio de pueblos primitivos.

Tales eran las características mentales del turco en sus días de grandeza militar. En los últimos tiempos su actitud hacia los extranjeros y los pueblos sometidos ha cambiado superficialmente. Su propia decadencia militar y la facilidad con que los pueblos infieles derrotaron a sus mejores ejércitos, aparentemente provocó el respeto de los arrogantes descendientes de Osmán por las proezas de aquéllos. Quizá la rápida desaparición de su propio imperio en el espacio de cien años, la creación de nuevos estados como Grecia, Serbia, Bulgaria y Rumania, y el adelanto admirable que se manifestó en estas tierras después de la destrucción del yugo turco, hayan aumentado el odio otomano hacia el infiel, pero al menos les abrió los ojos con respecto a su importancia. Ahora muchos turcos han estudiado en universidades europeas, en sus escuelas profesionales y se han graduado como médicos, cirujanos, abogados, ingenieros y químicos al estilo moderno. Por más que los musulmanes más progresistas despreciaran a sus asociados cristianos, no pudieron ignorar el hecho de que las mejores cosas en este mundo temporal provenían de la civilización europea y norteamericana. Y ahora, la evolución de la historia moderna, que el turco apenas podía comprender, acabó por dominar la conciencia de los más inteligentes y progresistas. Algunos dirigentes se sublevaron y empezaron a hablar oculta-mente de "constitucionalismo", "libertad", "autonomía", y para ellos la declaración de la independencia contenía ciertas verdades que también podrían tener valor para el Islam. Estas almas atrevidas empezaron a soñar con el derrocamiento del despótico sultán y con la substitución de su gobierno irresponsable por un sistema parlamentario. He hablado ya del auge y de la caída del movimiento Joven-Turco bajo dirigentes como Talaat, Enver, Dje-

mal y de sus compañeros del Comité de Unión y Progreso. Quiero insistir en el hecho de que este movimiento transformó completamente la mentalidad turca, especialmente hacia los pueblos sometidos. Bajo el estado turco reformado los griegos, sirios, armenios y judíos ya no debían ser considerados como "gueavurs asquerosos". De aquí en adelante, todos estos pueblos debían tener iguales derechos y obligaciones. Una atmósfera de ternura general siguió al establecimiento del nuevo régimen, y escenas de reconciliación casi frenética en las cuales turcos y armenios se abrazaron en público, señalaron la aparente unión absoluta de dos pueblos antagónicos. Los dirigentes turcos, incluyendo a Talaat y Enver, visitaron iglesias cristianas, elevaron acciones de gracias por el nuevo orden y fueron a cementerios armenios para llorar a los mártires armenios que yacían allí. Recíprocamente, curas armenios rindieron homenaje a los turcos en las mezquitas musulmanas. Enver Pashá visitó varios colegios armenios, y dijo a los alumnos que los días de lucha entre musulmanes y cristianos habían terminado para siempre y que los dos pueblos vivirían juntos como hermanos. Había cínicos que se reían de estas demostraciones, pero otro acontecimiento los incitó a creer que había llegado el paraíso a la tierra. Durante todo el período de dominación, solamente el amo musulmán podía servir de soldado e ingresar en el ejército otomano. Ser soldado era una ocupación demasiado viril y gloriosa para el cristiano despreciado. Pero ahora los Jóvenes Turcos alentaban a todos los cristianos a armarse, y los incorporaron al ejército a la par de los musulmanes. Estos soldados lucharon como oficiales y soldados en las guerras italianas y balcánicas y merecieron elogios de parte de los generales turcos por su valor y destreza. Líderes armenios habían figurado notablemente en el movimiento de los Jóvenes Turcos; evidentemente, estos hombres pensaban que era posible una Turquía constitucional. Eran concientes de su propia superioridad intelectual y comercial en relación a los turcos, y sabían que podían prosperar en el Imperio Otomano si no se entrometía nadie, mientras que bajo control europeo tendrían mayor dificultad para enfrentar la competencia de los colonialistas europeos más avanzados. Con la deposición del Sultán Rojo, Abdul-Hamid, y con el establecimiento de un sistema constitucional, por prime-

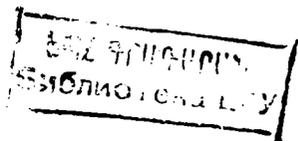
ra vez en varios siglos los armenios se sintieron libres.

Pero, como he dicho ya, todas estas aspiraciones se esfumaron como un sueño. Mucho antes de la guerra europea la democracia turca había desaparecido. El nuevo sultán había perdido su poder, también se había perdido la esperanza de tener una Turquía moderna, y había quedado solamente un grupo de individuos encabezado por los actuales dirigentes Talaat y Enver. Estos hombres reemplazaban ahora las perdidas aspiraciones democráticas por una nueva concepción nacional. Desenterraron la idea del Pan-Turquismo en lugar de un estado democrático nuevo; en lugar del tratamiento igualitario para todos los otomanos decidieron establecer un país exclusivo para los turcos. He llamado a eso una nueva concepción, pero era nueva solamente para los individuos que controlaban el destino del imperio en aquel tiempo, porque en realidad querían restablecer las bárbaras ideas de sus antepasados. Representaba, como dije anteriormente, solamente un retorno atávico al turco primitivo. Los dirigentes turcos, cuando hablaban de libertad, igualdad, fraternidad y constitucionalismo, eran como niños repitiendo frases; usaban la palabra "democracia" como un pretexto para llegar al poder. Después de quinientos años de contacto con la civilización europea el turco continuaba siendo exactamente el mismo individuo que había partido de las estepas de Asia en la Edad Media. Se aferraba tan tenazmente como sus antepasados a esa concepción de un estado en el cual algunos individuos superiores tendrían el derecho de esclavizar, saquear y maltratar a cualquier pueblo que estuviera bajo su control militar. Aunque Talaat, Enver y Djemal procedían de familias humildísimas, tenían las mismas ideas fundamentales de amo y esclavo que informaban la política de Osmán y de los primeros sultanes. Descubrimos ahora que sólo una constitución escrita y las visitas a iglesias y cementerios cristianos no podían desarraigar el prejuicio innato de esta tribu nómada, de que no hay más que dos clases de pueblos en el mundo: conquistadores y conquistados.

Cuando el gobierno turco abrogó las capitulaciones y se libró de esta manera de la dominación de las potencias extranjeras, se limitó a dar un paso hacia la realización de este ideal Pan-Turco. Ya he mencionado las dificultades que he tenido con

ellos por las escuelas cristianas. Se empeñaron en desarraigarlas o, al menos, en transformarlas en instituciones turcas; eso era simplemente otro detalle en el mismo avance racial. Asimismo, trataron de obligar a todas las empresas extranjeras a emplear solamente obreros turcos, exigiendo que despidieran a sus empleados y obreros griegos, armenios y judíos. Obligaron a las empresas extranjeras a llevar su contabilidad en turco; querían proveer empleo a los turcos y ponerlos en situación de adquirir métodos modernos de comercio. El gobierno otomano hasta se negó a tratar con el representante del mayor fabricante de municiones austriaco, a menos que tomara un turco como socio. Suprimieron todos los idiomas menos el turco. Por décadas, el francés había sido el idioma aceptado por los extranjeros en Constantinopla; la mayor parte de los nombres de las calles figuraban en francés y en turco. Una mañana, los residentes extranjeros vieron con asombro que se habían suprimido los nombres franceses y que los nombres de calles, las instrucciones en los tranvías y otros avisos públicos aparecían solamente con esas raras letras turcas, que pocos de ellos entendían. Este cambio provocó una gran confusión, pero el poder reinante se negó a restablecer el odiado idioma extranjero.

Estos líderes no solamente volvieron a la concepción bárbara de sus antepasados, sino que llegaron a extremos ni soñados por los primeros sultanes. Sus predecesores de los siglos XV y XVI trataban a los pueblos súbditos como basura, aunque pensaban que tenían cierta utilidad y no desdeñaban hacerlos esclavos. Pero este Comité de Unión y Progreso, encabezado por Talaat y Enver, decidió suprimirlos del todo. Los viejos conquistadores turcos habían convertido a los cristianos en siervos; pero sus advenedizos descendientes mejoraron sus instrucciones, decidieron exterminarlos al por mayor y turquificar el imperio con la matanza de los elementos no-musulmanes. Al principio, ésta no fue la concepción propia de los estadistas Talaat y Enver; el hombre que la maquinó primero fue uno de los más grandes monstruos de la historia, "el Sultán Rojo", Abdul-Hamid. Este hombre subió al trono en 1876 durante un periodo crítico de la historia turca. En los primeros dos años de su reinado perdió Bulgaria e importantes provincias en el Cáucaso, sus últimos ves-



tigios de soberanía en Montenegro, Serbia y Rumania, y todo poder real en Bosnia y Herzegovina. Hacía tiempo que Grecia se había convertido en una nación independiente, y los procedimientos que arrebatarían a Egipto del imperio otomano ya habían comenzado. Al hacer el inventario de su herencia, el sultán podía prever fácilmente que todo el resto de su imperio pasaría a manos del infiel. ¿Cuál había sido la causa de la disgregación de este extenso imperio? La verdadera causa se encontraba en el carácter mismo del turco, pero Abdul-Hamid advertía solamente el hecho más evidente: que la intervención de las grandes potencias europeas había aportado alivio a estas naciones encarceladas. De todos los reinos que se habían formado del imperio del sultán, Serbia —no nos olvidemos de este hecho que la ha de honrar por todos los tiempos— es el único que ha ganado su propia independencia. Rusia, Francia y Gran Bretaña han liberado a los demás. Y lo que había sucedido varias veces podía suceder de nuevo. En el imperio otomano quedaba todavía una raza compacta que tenía aspiraciones y fuerza nacional. En la parte nordeste de Asia Menor, lindando con Rusia, había seis provincias en las cuales la mayoría de la población era armenia. Desde el tiempo de Heródoto esta porción de Asia ha llevado el nombre de Armenia. Los armenios de hoy son los descendientes directos de los pueblos que vivían en el país hace tres mil años. Su origen es tan antiguo que está envuelto en la fantasía y el misterio. Todavía hay inscripciones cuneiformes no descifradas en las montañas de Van, la ciudad más grande de Armenia. Algunos sabios —no muchos, tengo que admitirlo— pensaron que estas inscripciones podían identificar a la raza armenia con los hititas de la Biblia. De cualquier modo, lo que se sabe definitivamente acerca de los armenios es que por larguísimo tiempo han constituido la raza más civilizada e industriosa del oriente del imperio otomano. Desde sus montañas se han extendido por el territorio del sultán y forman un elemento importante en la población de las grandes ciudades. En todas partes son conocidos por su industria, su inteligencia y su vida decente y ordenada. Son tan superiores al turco —intelectual y moralmente— que gran parte del comercio y de la industria ha pasado a sus manos. Con los griegos, los armenios constituyen la fuerza

**DIPUTADOS ARMENIOS DEL PARLAMENTO OTOMANO,
VICTIMAS DEL GENOCIDIO TURCO**



Dr. G. PASHAIAN



VRAMIAN



KRIKOR ZOHRAB



VARTKES SERENGULIAN

económica del imperio. Este pueblo se convirtió al cristianismo en el siglo IV y fundó la Iglesia Armenia como religión de estado. Se dice que es la más antigua Iglesia cristiana existente.

Ante las persecuciones que no tienen paralelo en cualquier otra parte, este pueblo se ha aferrado a esta primitiva fe cristiana con suma tenacidad. Por mil quinientos años vivieron allá en Armenia, una pequeña isla de cristianos rodeados por pueblos atrasados de religión hostil y de raza enemiga. Su larga existencia ha sido un martirio sin fin. El territorio que habitan es el eslabón que une a Europa y Asia, y todas las invasiones asiáticas —sarracenos, tártaros, mongoles, kurdos y turcos— han pasado por este país pacífico. Ha sido por siglos la Bélgica del este. Durante todo este período los armenios se han considerado europeos, no asiáticos. Hablan un idioma indo-europeo; los sabios piensan que su origen racial es ario, y dado que su religión es la europea, han mirado siempre hacia el oeste. Y han esperado siempre que de esta región occidental vendría algún día la salvación, que podrían ser liberados de sus amos asesinos. Y ahora, en 1876, al inspeccionar su dominio destrozado, Abdul-Hamid vió que el lugar más peligroso era Armenia. Con razón o no, pensaba que estos armenios, como los rumanos, búlgaros, griegos y serbios, tenían la aspiración de restaurar la independencia de su nación medieval, y sabía que Europa y América aprobaban esta ambición. El Tratado de Berlín, que había terminado definitivamente con la guerra turco-rusa, contenía un artículo según el cual las potencias europeas podían ofrecer protección a los armenios. ¿Cómo podía el sultán librarse por siempre de este peligro? Los armenios podían ser súbditos pacíficos y leales bajo una administración civilizada que los transformara en hombres libres, gozando de seguridad en sus vidas y propiedades y derechos civiles y religiosos. Pero el sultán no podía aceptar esta clase de política. En lugar de eso, aparentemente Abdul-Hamid pensó que el único modo de solucionar el problema armenio en Turquía era deshacerse de los armenios. La destrucción física de 2.000.000 de hombres, mujeres y niños por medio de una matanza organizada y dirigida por el estado, parecía ser el único camino seguro a seguir para impedir una desorganización adicional en el imperio turco.

Y durante casi treinta años Turquía dió al mundo un ejemplo de gobierno por medio de matanzas. Nosotros, en Europa y América, nos enteramos de estos acontecimientos cuando alcanzaron proporciones monstruosas, tal como sucedió en 1895-96 cuando casi 200.000 fueron atrocemente muertos. Durante todos estos años la existencia de los armenios fue una constante pesadilla. Sus propiedades fueron robadas, sus hombres asesinados, sus mujeres violadas, y sus niñas secuestradas y obligadas a vivir en los harenes turcos. Sin embargo, Abdul-Hamid no pudo realizar el fin proyectado. Si hubiera actuado según su voluntad habría matado a toda la nación por medio de una horrible orgía. Trató de exterminar a los armenios en 1895 y 1896, pero tropezó con ciertos obstáculos insuperables. Eran Inglaterra, Francia y Rusia. Estas atrocidades hicieron regresar a Gladstone, que tenía 86 años y se había retirado de la vida activa. En sus discursos denunció al sultán como "el gran asesino", y el mundo entero se enteró de los horrores que ocurrían. Era evidente que si el sultán no desistía, Inglaterra, Francia y Rusia intervendrían, y el sultán sabía muy bien que en caso de intervención desaparecería todo lo que había quedado de Turquía después de los repartos anteriores. Siendo así, Abdul-Hamid tuvo que abandonar el satánico proyecto de destruir a una nación entera por medio del asesinato, pero Armenia siguió sufriendo la lenta agonía de una persecución despiadada. Hasta el principio de la guerra europea, en los vilayets armenios no transcurrió un solo día sin violencias y asesinatos. A pesar de sus promesas de hermandad universal, el régimen de los Jóvenes Turcos no les trajo alivio. Unos meses después de las escenas de reconciliación ya mencionadas, se produjo una de las peores matanzas en Adana, en la cual perecieron 35.000 personas.

Los Jóvenes Turcos, que habían adoptado muchas de las ideas de Abdul-Hamid, retomaron también su política armenia. Su vehemente deseo de turquificar la nación, lógicamente exigía la exterminación de todos los cristianos-griegos, sirios y armenios. Aún cuando admiraban a los conquistadores mahometanos de los siglos XV y XVI pensaban estúpidamente que estos grandes guerreros habían cometido un error fatal. Tuvieron poder para destruir completamente a la población cristiana y dejaron

de hacerlo. Según ellos, esta política era un error fatal de gobierno y explicaba las desgracias sufridas por los turcos en los tiempos modernos. Después de la conquista de Bulgaria, si estos viejos jefes musulmanes hubieran pasado por las armas a todos los búlgaros y hubieran poblado el territorio búlgaro con turcos musulmanes, nunca hubiera habido un moderno problema búlgaro y Turquía jamás hubiera perdido esta parte de su imperio. Asimismo, si hubieran destruido a todos los rumanos, serbios y griegos, las provincias que ahora están ocupadas por estas razas hubieran quedado bajo dominio del sultán. Pensaron que el error había sido tremendo, pero que se podía salvar algo de la ruina. Destruirían a todos los griegos, sirios, armenios y otros cristianos, instalarían familias musulmanas en sus hogares y en sus granjas y de esta forma tendrían la seguridad de que estos territorios quedarían en manos de los turcos. Para llevar a cabo esta gran reforma, no sería necesario matar a todos los cristianos. Se podría prender los niñas armenias más hermosas y sanas, convertirlas forzosamente al mahometanismo y obligarlas a ser las mujeres o las concubinas de los secuaces devotos del Profeta. Entonces, sus hijos automáticamente llegarían a ser musulmanes y fortalecerían así el imperio, como los jenízaros lo habían fortalecido anteriormente. Estas niñas armenias representaban un alto nivel del sexo femenino, y los Jóvenes Turcos, con su manera tosca e intuitiva, reconocían que la mezcla de su sangre con la población turca ejercería una influencia eúgenesica. Familias turcas podrían recibir en sus hogares a niños armenios de poca edad y educarlos como musulmanes sin que supieran que habían sido cristianos. Sin embargo, estos eran casi los únicos elementos que podrían hacer una contribución valiosa a la nueva Turquía que se estaba proyectando ahora. Ya que había que tomar todas las precauciones contra el desarrollo de una nueva generación de armenios, sería necesario matar sin reserva a todos los hombres jóvenes que pudieran propagar esta especie maldita. Hombres viejos y mujeres ancianas no constituían un gran peligro para el futuro de Turquía, pues habían ya cumplido la función natural de dejar descendientes; no obstante, molestaban y había que destruirlos.

A diferencia de Abdul-Hamid, los Jóvenes Turcos se encontraron en posición de poder llevar a cabo este bendito programa. Gran Bretaña, Francia y Rusia habían cerrado el paso a su predecesor, pero ahora estos obstáculos ya no existían. Como mencioné anteriormente, los Jóvenes Turcos pensaban que habían derrotado a estas naciones y que ya no podrían intervenir en sus asuntos internos. Una sola potencia podía oponerse con éxito, y esa era Alemania. En 1898, cuando todo el resto de Europa retumbaba con las acusaciones de Gladstone y reclamaba una intervención, el Kaiser Guillermo II había ido a Constantinopla, había visitado a Abdul-Hamid, había otorgado sus más bellas condecoraciones a este tirano sangriento y lo había besado en las dos mejillas. El mismo Kaiser que había hecho esto en 1898 todavía ocupaba el trono en 1915 y ahora era aliado de Turquía. De este modo, por primera vez en dos siglos, los cristianos estaban completamente a merced de los turcos. Había llegado finalmente el momento de convertir a Turquía en un país exclusivo para los turcos.

CAPITULO XXIII

LA REVOLUCION EN VAN

La provincia turca de Van se encuentra en el remoto rincón nordeste de Asia Menor; toca las fronteras de Persia en el este y su límite norte mira hacia el Cáucaso. Es una de las más hermosas y fértiles regiones del imperio turco y una de las más ricas en historia. La ciudad de Van, que es la capital del vilayeto, se encuentra en la costa oriental del lago del mismo nombre y es la única ciudad importante de Asia Menor que tiene una población armenia mayor que la musulmana. En el otoño de 1914 su población de alrededor 30.000 personas representaba una de las más pacíficas, felices y prósperas comunidades del imperio turco. Van, como casi todas las otras regiones pobladas por armenios, había tenido sus períodos de opresión y matanza, pero no obstante el yugo musulmán pesaba relativamente menos sobre ella. Su gobernador turco, Tahsin Pashá, era uno de los más cultos oficiales turcos. Las relaciones entre los armenios que vivían en las mejores zonas de la ciudad, y los turcos y kurdos que ocupaban chozas de barro en el barrio musulmán, habían sido tolerables por muchos años.

Sin embargo, a causa de su ubicación, este vilayeto era escenario de operaciones militares y las actividades de su población armenia fomentaban diarias sospechas. Si Rusia intentara una invasión de Turquía esta provincia presentaba una de las rutas más accesibles para su proyecto. La guerra no había progresado mucho cuando surgieron causas de irritación. En Van, como en las demás partes de Turquía, la requisita de abastecimientos para el ejército afectó a los cristianos mucho más que a los elementos mahometanos. Los armenios tenían que quedarse allí tranquilamente mientras los oficiales turcos se apropiaban de todo su ganado, su trigo y sus efectos personales de toda clase, recibiendo en cambio pedazos de papel sin valor. Hubo una

tentativa de desarme general que también los atemorizó, aumentando ese temor con el tratamiento brutal que los soldados armenios recibieron en el Cáucaso. Por otra parte, los turcos hicieron muchas acusaciones contra la población cristiana y en realidad les atribuyeron gran parte de culpa por los contratiempos que los ejércitos turcos habían tenido en el Cáucaso. El hecho de que las fuerzas de recambio contuvieran una gran proporción de elementos armenios despertó en ellos una ira desenfrenada. Dado que casi la mitad de los armenios del mundo vive en las provincias rusas del Cáucaso y están obligados, como todos los rusos, a prestar servicio militar, no tenían causas legítimas para quejarse, siempre que estos reclutas armenios fueran súbditos de buena fe del Zar. Pero los turcos afirmaban que gran parte de los soldados armenios de Van y de otras provincias armenias habían desertado, había cruzado la frontera y se habían incorporado al ejército ruso, ayudando a las victorias rusas con su conocimiento de las rutas y terrenos. Aunque no se han determinado todavía los hechos con exactitud, no parece imposible que ocurrieran unos cuantos centenares de esas defecciones. Al principio de la guerra aparecieron en Erzerum agentes del Comité Unión y Progreso y exhortaron a los líderes armenios a ir a Armenia rusa para fomentar alzamientos contra el gobierno ruso; el hecho de que los armenios otomanos se negaran a hacerlo contribuyó aún más a la irritación reinante. El gobierno turco insistió mucho sobre el comportamiento "desleal" de los armenios de Van y hasta lo presentó como justificación por su trato subsiguiente a toda la raza. Esta actitud ejemplifica una vez más la perversión del pensamiento turco. En el espacio de treinta años habían matado atrocemente a centenares y millares de armenios, habían violado sus mujeres y sus niñas, habían robado y los habían maltratado de todos los modos imaginables, y todavía los turcos pensaban que tenían derecho de exigirles la más calurosa "lealtad". No era un secreto que todos los armenios de Turquía estaban a favor de la Entente. Un humorista turco escribió en un diario: "Si quiere saber el progreso de la guerra, mire la cara de un armenio. Si está sonriendo, ganan los Aliados; si está triste, están triunfando los alemanes". Si un soldado otomano-armenio hubiera desertado y se hubiera unido a los rusos, esto cons-

tituiría, sin duda, un crimen de Estado y podía ser castigado, pero sin violar las reglas de los países civilizados. Únicamente en el espíritu de un turco —y posiblemente en el de un alemán— se podía considerar esto como justificación por las terribles barbaridades que ocurrieron ahora.

Aunque se habían advertido disturbios durante todo el otoño de 1914-15, los armenios se comportaron con notable moderación. Por muchos años los turcos habían seguido la política de provocar a la población cristiana para que se alzara, luego utilizaban este mal comportamiento como pretexto para las matanzas. El clero armenio y los dirigentes políticos notaron muchos indicios de que los turcos volvían a sus viejas tácticas, y por ello aconsejaron a la población a mantenerse quieta, soportar con paciencia insultos y hasta ultrajes, para no dar a los musulmanes la oportunidad que buscaban. Estos líderes decían: "Aún cuando incendien algunas de nuestras aldeas, no tomen venganza, pues es mejor que se destruyan algunas, antes que se mate al pueblo entero". Cuando empezó la guerra el gobierno central destituyó de su cargo a Tahsin Pashá, el pacífico gobernador de Van, y lo reemplazó por Djevdet Bey, cuñado de Enver Pashá. Este hecho causó suma inquietud. En los círculos oficiales turcos siempre hubo algunos pocos hombres que no aceptaban la matanza como política de estado, y no se podía contar con ellos para cumplir regurosamente las órdenes más sangrientas del gobierno central. Por lo tanto, siempre que se planeara una matanza, se solía destituir a tales funcionarios públicos "indignos de confianza", reemplazándolos por otros que se consideraban más dignos de confianza. Debido al carácter del sucesor de Tahsin este cambio de gobernador causó más alarma todavía. Djevdet había pasado gran parte de su vida en Van, era un hombre de carácter inestable, a ratos amistosos con los no-musulmanes, a ratos hostil hacia ellos, era hipócrita, traidor y feroz, de acuerdo con las peores tradiciones de su raza. Odiaba a los armenios y veía con simpatía el viejo plan turco para resolver el problema armenio. No cabe duda de que vino a Van con instrucciones precisas de exterminar a todos los armenios de esta provincia, pero las condiciones existentes no facilitaron esas operaciones durante los primeros meses. Djevdet estaba ausente combatiendo contra los rusos en

el Cáucaso y a causa de la proximidad del enemigo los turcos adoptaron la política de no maltratar a los armenios de Van. Pero a principios de la primavera los rusos se retiraron temporalmente. Generalmente se reconoce como buena táctica militar que un ejército victorioso persiga al enemigo en retirada. Sin embargo, para los generales turcos la retirada de los rusos era un aspecto favorable de la guerra; los armenios se quedaban sin protectores y se encontraban a merced del ejército turco. En lugar de perseguir al enemigo en retirada, el ejército turco se desvió e invadió su propio territorio de Van. En lugar de combatir contra el disciplinado ejército ruso, dirigieron sus fusiles, ametralladoras y otras armas contra las mujeres, niños y ancianos de raza armenia de las aldeas de Van. Siguiendo la costumbre de siempre, distribuyeron las más hermosas mujeres armenias entre los musulmanes, saquearon y quemaron las aldeas armenias y masacraron día tras día sin cesar. El 5 de abril se citó a cerca de 500 jóvenes armenios de Avantz para escuchar una orden del sultán; al atardecer los turcos los llevaron fuera de la aldea y los mataron cruelmente. Este procedimiento se repitió en alrededor de ochenta aldeas armenias en el distrito norte del lago de Van y en tres días 24.000 armenios perdieron la vida de esta manera atroz. Un solo episodio demuestra la horrible depravación de los métodos turcos. Había estallado un conflicto en Chadakh y Djevdet Bey, que mientras tanto había vuelto a Van, pidió a cuatro de los principales ciudadanos armenios que fueran a esta aldea para tratar de apaciguar a la multitud. Estos hombres hicieron el viaje deteniéndose en todas las aldeas armenias del camino para recomendar a todo el mundo que se mantuviera el orden. Después de haber cumplido con su tarea estos cuatro armenios fueron asesinados en una aldea kurda.

Entonces, cuando Djevdet Bey, de regreso en su puesto oficial, exigió 4.000 soldados, la población no quiso cumplir la orden. Cuando examinamos lo que había pasado antes y lo que ocurrió luego, queda poca duda respecto de la razón fundamental de este pedido. Djevdet, actuando bajo las órdenes de Constantinopla, se preparaba para destruir toda la población, y tenía el propósito de matar a 4.000 hombres robustos, únicamente para dejar a los demás armenios sin defensores. Los armenios confe-

renciaron para ganar tiempo, ofrecieron quinientos soldados y pagar la inmunidad para los demás; entonces Djevdet empezó a hablar de "rebelión" y de su determinación de "reprimirla" a toda costa. "Si los rebeldes disparan un solo tiro", declaró, "mataré a todos los hombres y mujeres cristianas y (indicando su rodilla) a cada niño que alcance esta altura". Desde tiempo atrás los turcos estaban construyendo trincheras alrededor del barrio armenio, llenándolas de soldados; en contestación a esta provocación los armenios empezaron a prepararse para la defensa. El 20 de abril una cuadrilla de soldados turcos se apoderó de algunas mujeres armenias que estaban por entrar en la ciudad; dos hombres armenios las socorrieron de inmediato y fueron fusilados. Entonces los turcos empezaron a disparar sobre el barrio armenio con fusiles y artillería; pronto gran parte de la ciudad estaba incendiada y sitiada. Toda la fuerza combatiente armenia consistía en 1.500 hombres; tenían solamente 300 fusiles y una provisión muy inadecuada de municiones, mientras que Djevdet tenía un ejército bien provisto de 5.000 hombres. Sin embargo, los armenios combatieron con sumo heroísmo y gran habilidad; no había muchas probabilidades de poder alejar al enemigo, pero sabían que un ejército ruso estaba por llegar a Van, y tenían la esperanza de poder desafiar a los sitiadores hasta la llegada de los rusos. Ya que no estoy escribiendo la historia de sitios y batallas no puedo describir en detalle los numerosos actos de heroísmo individual, la cooperación de las mujeres armenias, el ardor y la energía de los niños armenios, el fervor abnegado de los misioneros norteamericanos, especialmente del Dr. Ussher, de su esposa y de la Srta. Grace H. Knapp, ni puedo hablar de todas las otras circunstancias que convirtieron este horrible mes en una de las más gloriosas páginas de la moderna historia armenia. Lo más maravilloso de todo es que los armenios triunfaron. Después de casi cinco semanas de combate continuo apareció de repente el ejército ruso y los turcos huyeron a los campos cercanos, donde se calmaron matando aldeanos armenios sin protección. Sabemos por declaración del Dr. Ussher, el médico misionero norteamericano cuyo hospital en Van fue destruido por un bombardeo, que después de haber ahuyentado a los turcos, los rusos empezaron a recoger e incinerar los cuerpos de los

armenios muertos en la provincia; 55.000 cadáveres fueron incinerados.

He narrado la "revolución" en Van no solamente porque señaló la primera etapa del intento organizado de destruir a una nación entera, sino porque los turcos presentan estos acontecimientos como justificación de sus crímenes subsiguientes. Cada vez que intervine a favor de los armenios, Enver, Talaat y los demás, invariablemente mencionaron a los "revolucionarios" de Van como ejemplo de traición armenia. Esta narración demuestra que la famosa "revolución" consistió solamente en la determinación de los armenios de salvar el honor de sus mujeres y sus vidas, ya que los turcos habían señalado el destino que los esperaba mediante la matanza de miles de sus vecinos.

CAPITULO XXIV

EL ASESINATO DE UNA NACION

Durante el exterminio de la raza armenia en 1915, se presentaron ciertas dificultades que no habían molestado la acción turca durante las matanzas de 1895 y otros años. En aquellos tiempos los armenios poseían poco poder y menos medios de resistencia. El servicio militar, el ingreso en el ejército turco o la posesión de armas por ese entonces estaban prohibidos para los armenios. Como he dicho ya, cuando los revolucionarios turcos tomaron el poder en 1908 revocaron esas discriminaciones. Las nuevas autoridades, en su gran entusiasmo por la libertad e igualdad, no sólo permitían que los cristianos prestaran servicio militar, sino que los alentaban a tal fin. Por lo tanto, en la primera parte del año 1915, en cada ciudad turca había miles de armenios con entrenamiento militar y provistos de fusiles, pistolas y otras armas de defensa. Se reveló nuevamente durante los hechos de Van que estos hombres sabían usar sus armas ventajosamente. Era evidente que esta vez una matanza armenia tomaría más el aspecto de guerra que aquellas matanzas al por mayor de hombres y mujeres indefensas, de las que tanto gustaban los turcos. Por lo tanto, había que tomar algunas medidas preliminares para que tuviera éxito este plan de exterminar una raza: sería necesario despojar a todos los soldados armenios de su poder y retirar las armas de sus compatriotas en todos los pueblos y ciudades. Antes de ultimarlos, había que quitarles todo medio de defensa.

Por consiguiente, durante los primeros tiempos del año 1915 se degradó a los soldados armenios del ejército turco. Hasta entonces la mayoría de los hombres era combatientes, pero fueron despojados de sus armas y transformados en peones viales y animales de carga, en lugar de servir a su patria como artilleros y soldados de caballería. Eran obligados a arrastrar sus cuerpos atravesando las montañas del Cáucaso, cargados con toda clase

de provisiones del ejército, cayéndose, levantándose y soportando los latigazos de los turcos. Así abrumados tenían que abrirse paso a través de nieve que les llegaba a veces hasta la cintura. Pasaban casi todo el tiempo a la intemperie durmiendo en el suelo en las pocas oportunidades en que sus opresores los dejaban reposar. Les daban algunas sobras de comida y si se enfermaban eran abandonados donde caían, mientras los tiranos turcos se detenían el tiempo necesario para robarles todo lo que poseían, hasta la vestimenta. Muchas veces los rezagados que lograban llegar a su destino eran fusilados. En muchas instancias se acababa con los armenios de manera más brusca, ya que ahora predominaba el método general de fusilarlos a sangre fría. El procedimiento era igual en casi todos los casos. Se atrapaban pelotones de cincuenta a cien hombres de varias partes, se ataban en grupos de a cuatro, luego se los hacía marchar hacia algún lugar oculto cerca del pueblo. De pronto, se escuchaban disparos de fusiles y los soldados turcos de la escolta retornaban con caras hoscas al campamento. Después mandaban a otros para enterrar los cadáveres, pero los encontraban casi siempre completamente desnudos porque los turcos los despojaban de toda su vestimenta. Me enteré de algunos casos en que los asesinos habían refinado los sufrimientos de las víctimas forzándolas a cavar sus tumbas antes de ser fusilados.

Quisiera contar un episodio que se relata en un informe de nuestro cónsul y que ahora forma parte de los archivos del Departamento de Estado. En los primeros días de julio se mandaron de Kharpout 2000 armenios “amélés” —éste es el nombre de los soldados reducidos a peones— para construir caminos. Comprendiendo lo que esto significaba, los armenios de aquella ciudad suplicaron al gobernador que se apiadara de ellos. Pero este oficial insistió en que nada les iba a pasar; hasta llamó al misionero alemán, Sr. Ehemann, para que calmara al pueblo, dando su palabra de honor de que se iba a proteger a los ex-soldados. El Sr. Ehemann, creyéndole, apaciguó el terror de los habitantes. Sin embargo, casi todos fueron muertos y los restos echados en una cueva. Algunos escaparon y por medio de éstos se propagó la noticia. Pasados algunos días otros 2000 soldados fueron mandados a Diarbekir sólo para matarlos a campo abierto.

Sistemáticamente se los dejaba sin comer; de ese modo no tenían fuerzas para resistir o escaparse. Agentes del gobierno precedían a las caravanas y prevenían a los kurdos para que bajaran de las montañas y asaltaran los regimientos debilitados por el hambre; hasta las mujeres kurdas atacaban con cuchillos de carniceros para ganarse la recompensa de Allah por cada cristiano que mataban. Estas matanzas no eran hechos aislados; podría detallar muchos peores; por todo el imperio turco se trataba de matar sistemáticamente a todos los hombres robustos y capaces, con un doble fin: eliminar los hombres que podían engendrar una nueva generación de armenios, y tener una presa fácil en el pueblo ya debilitado.

Sin embargo, todas estas matanzas de soldados indefensos no era nada en comparación con el trato de los armenios sospechosos de tener armas. Se fijaron carteles en los pueblos y las ciudades ordenando a todos entregar sus armas al comisariado, lo cual causó alarma entre los cristianos. Aunque esta orden era para todos los ciudadanos, los armenios sabían lo que sucedería si quedaban inermes mientras los musulmanes retenían sus armas. No obstante, el pueblo perseguido obedeció la orden; entonces los oficiales turcos lo tomaron como prueba de objetivos revolucionarios y encarcelaron a las víctimas acusándolas de traición. Miles no entregaron armas por no tenerlas y muchos más se rehusaron no para preparar una sublevación, sino porque querían defender sus vidas y el honor de sus mujeres de las atrocidades planeadas. Uno de los más espantosos capítulos de la historia moderna es el castigo impuesto a esta pobre gente. Para la mayoría de nosotros la tortura ha dejado de ser un recurso administrativo o judicial, pero no creo que jamás se hayan visto escenas tan horribles como las que ocurrían en todas partes de Turquía en ese momento. Para los gendarmes turcos no existía nada sagrado; saquearon las iglesias con el pretexto de buscar armas, dieron un trato indigno a los altares y utensilios sagrados, hasta imitaron en mofa ceremonias cristianas. Alegando que los sacerdotes fomentaban la sedición, los azotaban hasta la inconsciencia. Cuando no encontraban armas en las iglesias, obligaban a los obispos y curas a tomar pistolas, sables y fusiles y luego los juzgaban por poseer armas contra la ley; los hacían

marchar así por las calles para encender la ira fanática de la multitud. Las mujeres eran tratadas por los gendarmes con la misma crueldad. Hay algunos casos documentados en que mujeres acusadas de esconder armas fueron desnudadas y azotadas; hasta infligían estas flagelaciones a las mujeres embarazadas. Eran tan comunes las violencias que acompañaban estas búsquedas que mujeres y jovencitas armenias huían a los bosques y cuevas cuando se acercaban los gendarmes.

Como actos preliminares a las requisas, los hombres más poderosos de los pueblos y ciudades fueron arrestados y encarcelados. Sus torturadores ejercían el ingenio más diabólico en su intento por inducirlos a que se declararan "revolucionarios" y revelaran los escondites de sus armas. Entre los recursos más comunes se encontraba el de colocar al prisionero en una habitación con dos turcos apostados en cada punta y en ambos lados. El interrogatorio comenzaba con el bastinado, una forma de tortura común en el Oriente; consiste en pegar la planta del pie con una vara fina. Al principio el dolor no es muy fuerte pero lentamente se convierte en la más terrible agonía, los pies comienzan a hincharse y revientan; con frecuencia, luego de ser sometidos a este trato deben ser amputados. Los gendarmes torturaban de esta manera a las víctimas armenias hasta que se desmayaban. Luego las hacían revivir echándoles agua sobre la cama y comenzaban nuevamente. Si con esto no lograban que la víctima se rindiera, recurrían a otros numerosos métodos de persuasión. Les arrancaban las cejas y la barba casi pelo por pelo, les sacaban las uñas de las manos y de los pies, les aplicaban hierro candente sobre el pecho, les arrancaban la carne con tenazas candentes y luego les echaban manteca hirviendo en las llagas. En algunos casos los gendarmes clavaban las manos y los pies a pedazos de madera —evidentemente imitando la crucifixión— y luego, mientras la víctima se reñecía de dolor, le gritaban:

"¡Dí a tu Cristo que venga y te socorra!"

Estas atrocidades —y muchas otras que me abstengo de describir— eran generalmente llevadas a cabo durante la noche. Se apostaban algunos turcos alrededor de las celdas tocando

tambores y silbando para que los gritos de las víctimas no llegaran a oídos de los aldeanos.

En miles de casos los armenios soportaban estas agonías y rehusaban entregar sus armas simplemente porque no las poseían. Sin embargo no podían persuadir a sus torturadores de que tal era el caso. De manera que cuando llegaba la noticia de que los inquisidores se acercaban, los armenios acostumbraban a comprar las armas de sus vecinos turcos para poder entregarlas y escapar de esas terribles torturas.

Un día estaba discutiendo estos procedimientos con un funcionario turco responsable que me comentaba las torturas infligidas. Este no ocultaba el hecho de que el gobierno las había instigado, y como todos los funcionarios públicos turcos, aprobaba el trato a que era sometida la raza detestada. Este funcionario me dijo que estos procedimientos eran objeto de discusión todas las noches en la oficina principal del Comité de Unión y Progreso. Cada nuevo método de tortura era aclamado como un brillante descubrimiento y los que asistían regularmente a estas reuniones se rompían la cabeza en su esfuerzo por inventar algún nuevo suplicio. Me dijo que habían llegado a compulsar los archivos de la Inquisición Española y otras corporaciones históricas de tortura y habían adoptado todas las sugerencias que habían encontrado allí. No me dijo quién había obtenido el primer premio en este espantoso concurso; pero en toda Armenia se atribuye esta infamia superlativa a Djevdet Bey, el Valí de Van, a cuyas actividades en aquella zona ya me he referido. A través de todo el país Djevdet era generalmente conocido como el "herrero de Bashkale", porque este experto en torturas había inventado la que era tal vez la obra maestra: clavar herraduras en las plantas de los pies de las víctimas armenias.

Sin embargo, estos acontecimientos no constituyen lo que los periódicos de aquella época denominaban comúnmente las atrocidades armenias; eran meramente los primeros pasos en el proceso de destrucción de la raza. Los jóvenes turcos desplegaron mayor inventiva que su predecesor, Abdul-Hamid. La orden del sultán derrocado era simplemente "matar, matar", mientras que la democracia turca ideó un plan totalmente nuevo. En lugar de matar a la raza armenia decidieron desterrarla. Al sur y sudeste

**ESCRITORES ARMENIOS MASACRADOS
POR LOS TURCOS EN 1915**



R. CHILINGUIRIAN - SEVAK



DANIEL VARUYAN



A. IARDJANIAN - SIAMANTO



RUBÉN ZARTARIAN

del Imperio Otomano se encuentran el desierto sirio y el valle de la Mesopotamia. A pesar de que parte de este territorio fue otrora el escenario de una civilización floreciente, durante los últimos cinco siglos ha sufrido la mala suerte que cae sobre cualquier país sometido al dominio turco; y es actualmente un desierto triste y desolado, sin pueblos ni ciudades ni vida de ninguna especie, habitada únicamente por unas pocas tribus de beduinos salvajes y fanáticos. Sólo una labor muy intensa durante muchos años podría transformar este desierto en la morada de cualquier población considerable. El gobierno central anunció su intención de reunir los dos millones de armenios que vivían en los diversos sectores del imperio y transportarlos a esta región desolada e inhospitalaria. Si hubieran realizado la deportación de buena fe habría sido el apogeo de la crueldad y de la injusticia, pero los turcos nunca tuvieron la menor intención de reafincarse a los armenios en este nuevo territorio. Sabían que la mayoría nunca llegaría a destino y que aquellos que lo hicieran morirían de sed y de hambre o serían asesinados por las salvajes tribus mahometanas del desierto. El verdadero propósito de este destierro era el robo y la destrucción; en realidad, constituía un nuevo método de matanza. Cuando las autoridades turcas dieron la orden de destierro, de hecho estaban pronunciando la sentencia de muerte de toda una raza; ellos lo sabían, y en las conversaciones que sostenían conmigo no hacían ningún esfuerzo para ocultarlo.

Las deportaciones tuvieron lugar durante toda la primavera y el verano de 1915. Las grandes ciudades, Constantinopla, Esmirna y Alepo, fueron eximidas, pero casi todos los otros lugares donde vivía una familia armenia se convirtieron en el escenario de tragedias atroces. Prácticamente ningún armenio, cualquiera fuera su educación o riqueza, o la clase social a la que perteneciera, escapó a la orden. En algunos pueblos se fijaron carteles intimando a la población armenia a presentarse en un lugar público a una hora determinada —generalmente con anticipación de uno o dos días—, y en otros lugares el pregonero recorría las calles voceando la orden. En algunos pueblos ni siquiera se dio la menor advertencia. Los gendarmes aparecían en una casa armenia y ordenaban a los ocupantes que los siguieran. Se llevaban mujeres ocupadas en sus quehaceres domésticos sin dar-

les tiempo para cambiarse de ropa. La policía los sorprendía tal como la erupción del Vesubio sorprendió a Pompeya; las mujeres eran sacadas de las bañeras, los niños arrastrados de sus camas, el pan quedaba a medio cocer en el horno, la mesa familiar era abandonada sin haber concluido la comida, los niños eran sacados de sus aulas dejando los libros abiertos en la lección del día, y los hombres eran obligados a abandonar su arado en los campos y su ganado sobre las laderas de las montañas. Aún las mujeres que acababan de dar a luz eran obligadas a dejar su lecho y unirse a la multitud aterrorizada con criaturas durmiendo en sus brazos. Un chal, una manta, tal vez algunos mendrugos, eran lo único que podían tomar de prisa entre sus pertenencias. Al preguntar “¿Adónde vamos?”, los gendarmes solo se dignaban responder: “Al interior”.

En algunos casos se concedían algunas horas, excepcionalmente algunos días, a los refugiados para que vendieran sus bienes y enseres. Pero, naturalmente, todo esto no llegaba a ser más que un robo. Sólo podían vender a los turcos, y como tanto los vendedores como los compradores sabían que solo disponían de uno a dos días para vender (en el mercado) lo que habían acumulado durante toda una vida, los precios obtenidos representaban sólo un pequeño porcentaje de su valor. Las máquinas de coser se vendían en uno o dos dólares, una vaca valía un dólar, todo el mobiliario de una casa era vendido al precio de un solo mueble. En muchos casos se prohibía a los armenios que vendieran y a los turcos que compraran aún a estos precios irrisorios; bajo pretexto de que el gobierno tenía la intención de vender los bienes para pagar a los acreedores que inevitablemente dejaban atrás, el mobiliario de los armenios era colocado en depósitos o amontonado en lugares públicos donde era generalmente saqueado por hombres y mujeres turcos. Los funcionarios del gobierno informaban a los armenios que como el destierro era sólo temporario y su intención era traerlos después que la guerra hubiese terminado, no se les permitía que vendieran sus casas. Tan pronto como los antiguos propietarios abandonaban el pueblo, los “mohadjirs” mahometanos, inmigrantes de otras partes de Turquía, eran ubicados en los barrios armenios. Asimismo, los objetos de valor —dinero, anillos, relojes y alhajas— eran

llevados a las comisarías para "que estén a salvo" hasta su regreso, y luego se distribuían entre los turcos. Sin embargo, estos robos no causaban tanta pena a los refugiados como las más terribles y angustiosas escenas que tenían lugar ante sus ojos. El exterminio sistemático de los hombres continuaba; todos aquellos que quedaban de las persecuciones ya descritas eran tratados ahora con violencia. Antes de que empezaran las caravanas se solía separar a los jóvenes de sus familias, atarlos en grupos de a cuatro, conducirlos a los suburbios y fusilarlos. Las víctimas, cuyo único delito era el de ser armenios, eran constantemente ahorcadas en público sin juicio previo. Los gendarmes demostraban interés particular por aniquilar a los más cultos e influyentes. Yo recibía sin cesar informes de los cónsules y misioneros norteamericanos sobre estas ejecuciones, y muchos de los hechos que me contaban no podrán borrarse jamás de mi memoria. En Angora, todos los hombres armenios de 15 a 70 años fueron arrestados, atados en grupos de a cuatro y abandonados en el camino que conduce a Cesárea. Luego de viajar 5 ó 6 horas llegaban a un valle apartado donde una multitud de campesinos turcos caían sobre ellos con garrotes, martillos, hachas, guadañas, palas y serruchos. Los turcos se jactaban de que tales instrumentos no sólo causaban muertes más dolorosas, sino que eran más económicas, ya que no malgastaban pólvora ni granadas. De esta manera exterminaron toda la población masculina de Angora, inclusive a todos los hombres cultos y adinerados, y sus cuerpos horriblemente mutilados fueron abandonados en el valle, donde las bestias salvajes los devoraron. Una vez concluída la aniquilación, los campesinos y los gendarmes se reunían en la fonda local comparando detalles y vanagloriándose del número de "gueavurs" que cada uno había matado. En Trebizonda los hombres fueron puestos en lanchones y lanzados al Mar Negro; los gendarmes los seguían en sus barcos, los fusilaban y arrojaban sus cuerpos al agua.

De manera que cuando se daba la señal de partida a las caravanas, éstas estaban invariablemente constituidas por mujeres, niños y ancianos. Aquellos que hubieran podido protegerlos de la suerte que los aguardaba, habían sido eliminados. Con frecuencia, mientras la masa se ponía en marcha, el prefecto de

la ciudad se burlaba de ellos deseándoles "un viaje placentero". Antes de que la caravana partiera se ofrecía a las mujeres la alternativa de convertirse en mahometanas. Aunque aceptaran la nueva fe, lo cual hacían muy pocas, sus desgracias terrenales no tenían fin. Las conversas eran obligadas a entregar sus hijos al llamado "Orfelinato Mahometano" accediendo a que fueran educados para ser devotos fieles del Profeta. A su vez, debían demostrar la sinceridad de su conversión abandonando a sus esposos cristianos y casándose con mahometanos. Si ningún buen mahometano se ofrecía como esposo, entonces la conversa era desterrada, por más que protestara fervorosamente su devoción por el Islam.

Al principio, el gobierno pareció inclinado a proteger a estas multitudes desterradas. Los oficiales las dividían en convoyes; en algunos casos llegaban a varios centenares, en otros a algunos miles. A veces las autoridades civiles suministraban a los exiliados carros tirados por bueyes para que transportaran los pocos muebles que habían logrado recoger de prisa. Un guarda de la gendarmería acompañaba a cada convoy, aparentando seguirlo y protegerlo. Las mujeres, escasamente abrigadas, con criaturas en sus brazos y sobre sus espaldas, marchaban hombro a hombro con ancianos que cojeaban sobre sus bastones. Los niños corrían de un lado a otro creyendo seguramente que el procedimiento, al menos durante las primeras etapas, era alguna nueva diversión. Aquí y allá alguno más próspero llevaba consigo un caballo o un burro; a veces un labrador había salvado alguna vaca u oveja que caminaba a su lado y una variada colección de animales domésticos —perros, gatos y pájaros— formaba parte de la heterogénea procesión. De miles de ciudades y pueblos armenios estas desesperadas caravanas se ponían en marcha y llenaban todos los caminos que conducían al sur; por todas partes, a medida que avanzaban, levantaban una enorme polvareda; escombros, sillas, mantas, sábanas, utensilios domésticos abandonados y otros bagajes señalaban el rumbo de las procesiones. Al principio, cuando las caravanas partían, los individuos tenían cierto parecido con seres humanos; en pocas horas sin embargo, el polvo del camino revocaba sus caras y ropas, el barro cubría sus piernas y las multitudes, que avanza-

ban lentamente, casi siempre encorvadas por la fatiga y embrutecidas por la crueldad de sus "protectores", parecían alguna nueva y rara especie animal. Así, durante la mayor parte de esos seis meses, desde abril hasta octubre de 1915, casi todas las carreteras del Asia Menor estaban llenas de esas espantosas cuadrillas de deportados. Se los veía bajar y subir los valles, serpenteando y escalando las laderas de casi todas las montañas, caminando sin cesar, sin saber hacia dónde, salvo que todo camino conducía a la muerte. La población armenia era evacuada, pueblo tras pueblo, ciudad tras ciudad, en las circunstancias ya descritas. Durante esos seis meses, según lo que se ha podido averiguar, aproximadamente 1.200.000 personas emprendieron este viaje hacia el desierto sirio.

"Rueguen por nosotros", decían al abandonar sus hogares, los hogares donde sus antepasados habían vivido durante 2500 años. "No nos veremos en este mundo nuevamente, pero alguna vez nos encontraremos. ¡Rueguen por nosotros!"

Apenas los armenios abandonaron sus pueblos natales comenzaron las persecuciones. Los caminos por donde transitaban eran apenas senderos para asnos; y lo que era al comienzo una procesión ordenada se convertía en una multitud confusa y revuelta. Las mujeres eran separadas de sus hijos y los maridos de sus esposas. Los ancianos perdían contacto con sus familias; estaban exhaustos y con los pies doloridos. Los turcos que conducían los carros tirados por bueyes extorsionaban hasta la última moneda de los armenios y de pronto los abandonaban en el camino junto con sus pertenencias, y volvían a los pueblos en busca de otras víctimas. Así, en poco tiempo, casi todos, viejos y jóvenes, fueron obligados a andar a pie. Los gendarmes que habían sido enviados por el gobierno supuestamente para proteger a los deportados, se convirtieron en sus verdugos. Los seguían con bayonetas caladas, punzando a cualquiera que tratara de aflojar la marcha. Los que intentaban descansar o que caían al suelo agotados, eran forzados brutalmente a reunirse con la muchedumbre. Hasta pinchaban con bayonetas a mujeres embarazadas; si alguna daba a luz, como pasaba a menudo, era obligada a levantarse y a reanudar la marcha. Todo el curso del camino era una lucha incesante con los musulmanes. Grupos de



LA HEROICA SHABIN KARAHISAR. CUNA DEL GENERAL ANTRANIK

gendarmes se adelantaban y avisaban a las tribus kurdas que se acercaban sus víctimas, a los campesinos turcos también se les informaba del mismo modo. Incluso el gobierno abrió las cárceles y liberó a los presos dándoles a entender que tendrían que portarse como buenos musulmanes con los armenios que se acercaban. Así cada caravana luchaba por su vida con varias clases de enemigos —los gendarmes que los acompañaban, las tribus kurdas y las bandas de “Chetés”—. Además, hay que recordar que los hombres que podrían haber defendido a esta gente habían sido muertos o forzados a ingresar en el ejército como obreros, y los desterrados habían sido despojados de sus armas antes de emprender la marcha.

A poca distancia de su punto de partida, los kurdos bajaban de las montañas. Precipitándose sobre las muchachas jóvenes, arrancaban sus velos y se llevaban a las más hermosas. Robaban a los chicos que les agradaban y saqueaban sin piedad al resto de la gente. Cualquier dinero o alimento que tuvieran los desterrados era tomado por sus agresores, que de tal modo los condenaban a morir de hambre. Les robaban la ropa y a veces dejaban a hombres y mujeres completamente desnudos. Durante todos estos hechos los kurdos mataban libremente y se añadían al horror general los gritos de mujeres ancianas. Los que escapaban de estos ataques encontraban nuevos horrores en los pueblos musulmanes. Allí, malvados turcos se arrojaban sobre las mujeres dejándolas a veces muertas, a veces enloquecidas por estos hechos. Pernoctaban en un miserable campamento y a la mañana siguiente los que habían sobrevivido seguían su camino. Aparentemente aumentaba la ferocidad de los gendarmes a medida que se prolongaba el viaje, parecían agraviados por el hecho que una parte de las víctimas siguiera viviendo. A menudo cualquiera que caía era ultimado allí mismo. Cientos de armenios comenzaron a morir de sed y hambre. Aún cuando llegaban a los ríos los gendarmes no los dejaban beber sólo para torturarlos. El ardiente sol del desierto quemaba sus cuerpos escasamente vestidos y sus pies descalzos pisaban la arena ardiente del desierto, se llenaban de llagas y caían y morían allí donde yacían. De esta manera, en pocos días lo que había sido una procesión de seres humanos normales se convirtió en una



**URFA, UNA DE LAS CIUDADES MAS IMPORTANTES DE ASIA
MENOR**



RESTOS DE ARMENIOS MASACRADOS EN ERZINGAN

horda tambaleante de esqueletos cubiertos de polvo, buscando desesperadamente algunas migajas para comer. comiendo los despojos de las reses muertas que encontraban en el camino, enloquecidos por las escenas horrosas que llenaban cada hora de su existencia, enfermos de todas aquellas enfermedades que acompañaban a tales privaciones y sufrimientos, pero siempre torturados por los látigos, los garrotes y las bayonetas de sus verdugos.

Así, a medida que los desterrados avanzaban, dejaban atrás otra caravana —la de los muertos y la de los cadáveres sin sepultura, de ancianos y mujeres que agonizaban de tífus y cólera, de niños pequeños yaciendo sobre sus espaldas y emitiendo sus últimos gemidos por comida y agua. Había mujeres que entregaban a sus criaturas a desconocidos, implorándoles que se los llevaran y los salvaran de sus verdugos, y en su defecto los arrojaban en pozos o los dejaban detrás de arbustos para que al menos murieran en paz. Detrás quedaba un pequeño ejército de muchachas que habían sido vendidas como esclavas —a menudo por un "medjidie", alrededor de 80 centavos—, las que, luego de ser sometidas a los brutales objetivos de sus perseguidores, eran forzadas a la prostitución. Una hilera de campamentos, llenos de enfermos y agonizantes, mezclados con los cadáveres sin sepultura de los muertos, señalaba el curso de las multitudes que avanzaban. Bandas de buitres los seguían por el aire, y perros hambrientos que se disputaban los despojos los perseguían continuamente. Las escenas más terribles ocurrían en los ríos, especialmente en el Eufrates. A veces cuando cruzaban, los gendarmes empujaban las mujeres al agua disparando sobre las que nadaban tratando de salvarse. Muy a menudo las mujeres mismas saltaban al río abrazadas a sus niños tratando de salvar el honor. Decía un informe consular: "En la última semana de junio varios grupos de armenios de Erzerum fueron deportados y la mayoría fue muerta en el camino —ahogados o fusilados—. Una de ellas, la Sra. Zaruhí, una mujer de edad que fue arrojada al Eufrates, se tomó de una roca en el río y se salvó. Luego logró volver a Erzerum y se escondió en casa de una amiga turca. Ella contó al príncipe Argoutinsky, el representante de la "Unión Urbana Rusa" en Erzerum, que temblaba al recordar cómo centenares

de chicos fueron muertos a bayonetazos y arrojados en el Eufra-tes, y cómo hombres y mujeres eran desnudados y atados de a cien, fusilados y después arrojados al río. En una curva del río cerca de Erzindján, los miles de cadáveres amontonados causa-ron tal taponamiento que el Eufrates desvió su curso”.

Es absurda la afirmación del gobierno turco de que intenta-
ba “deportar a los armenios a nuevas tierras”; la manera como se
trató a los convoyes demuestra claramente que la exterminación
era el verdadero propósito de Enver y Talaat. ¿Cuántos de los
deportados al sur llegaron a destino bajo estas condiciones in-
dignantes? Las experiencias de una sola caravana demuestran
cómo ese plan de deportación se transformó en aniquilación. Se
me suministraron los detalles directamente por intermedio del
cónsul norteamericano en Alepo, y ahora están archivados en el
Departamento de Estado de Wáshington. El primero de junio un
convoy de 3000 armenios, principalmente mujeres, niñas y niños,
dejaron Kharpouit. De acuerdo con la costumbre, el gobierno les
proporcionó una escolta de 70 gendarmes bajo el comando de
un jefe turco, un bey. Siguiendo la costumbre de siempre los
gendarmes demostraron no ser protectores sino torturadores y
verdugos. Este convoy apenas se había encaminado, cuando el
bey le sacó 400 liras diciendo que se los iba a guardar hasta que
llegasen a Malatiá; no bien tuvo en las manos lo único que podía
proveer de comida al convoy, se fugó, dejando a la pobre gente
en las manos despiadadas de los gendarmes.

La vida de estos viajeros desdichados era un horror prolon-
gado durante todo el camino hasta Ras-ul-Ain, la primera estación
en la ruta a Bagdad. Los gendarmes se adelantaban informando
a las tribus semisalvajes de las montañas que se aproximaban
varios miles de mujeres y jovencitas armenias. Los árabes y
kurdos se llevaban las muchachas, los montañeses se echaban
sobre ellas repetidamente, violando y matando a las mujeres, y
los gendarmes también se unían a las orgías. Los pocos hombres
que habían acompañado al convoy eran liquidados uno por uno.
Las mujeres habían logrado esconder un poco de dinero, guar-
dándolo en sus bocas o cabellos; con esto compraron caballos,
pero en vano, los kurdos se los robaron repetidamente. Final-
mente, los gendarmes los abandonaron totalmente, después de

trece días de robos, castigos y violencias. Dos días después los kurdos los atacaron otra vez y tomaron todos los hombres que habían quedado vivos. Encontraron como 150 de varias edades, de 15 a 90 años, se los llevaron y los mataron hasta el último. Ese día otro convoy de Sivás se agregó al de Kharpout aumentando la cantidad de gente hasta 18.000.

Otro bey kurdo llegó al comando y para él, como para todos los de la misma posición, esto era una oportunidad para pillajes, ultrajes y matanza. Este jefe llamó a todos sus vasallos de las montañas y les invitó a hacer a su gusto lo que quisieran con esta masa de armenios. Todos los días y todas las noches se llevaban las niñas más hermosas; a veces volvían algunas, pero en un estado tan lamentable que demostraban sus sufrimientos. Se mataba en seguida a los rezagados, los que eran tan viejos o enfermos que no podían seguir la marcha. Al llegar a alguna aldea turca permitían a todos los vagabundos del lugar que violaran a las muchachas armenias. Cuando la caravana disminuida llegó al borde del Eufrates, vio los cadáveres de unos 200 hombres flotando en la superficie. Tan repetidamente les habían robado que ya estaban vestidos de harapos, pero aún de estos fueron despojados por los kurdos; y la mayoría del convoy tuvo que caminar cinco días bajo el sol ardiente del desierto casi desnudos. Por cinco días más no tuvieron ni un pedazo de pan ni una gota de agua. Caían en el camino por centenares, sus lenguas parecían carbonizadas y al final, cuando llegaron a una fuente, el convoy entero se precipitó, por supuesto, sobre el agua. Pero los policías les cerraron el camino y les prohibieron tomarla vendiéndosela a tres liras la taza; hasta en algunos casos lo impedían igual aunque estuviera pago. En otro lugar donde había pozos, como faltaban baldes o sogas, algunas mujeres se tiraron dentro y se ahogaron. No obstante, el resto de la gente tomaba de esta agua contaminada por los cadáveres. A veces, cuando los pozos eran de poca profundidad las mujeres entraban y salían y otras se precipitaban sobre ellas para lamer y succionar su vestimenta sucia pero mojada; así apagaban un poco su sed. Cuando pasaban así desnudos por alguna aldea árabe, los árabes se apiadaban de ellos y les daban trapos para cubrirse. Algunos que todavía tenían dinero compraban algo, pero había muchos que

quedaban desnudos; estos viajaron así hasta la ciudad de Alepo. Las pobres mujeres caminaban todas encorvadas por la vergüenza que tenían.

A los setenta días algunos llegaron a Alepo. Del convoy combinado de 18.000 personas apenas 150 mujeres y niños llegaron a su destino. Algunas, las más bellas, habían quedado como cautivas de los kurdos y turcos, el resto había muerto.

Cuento todas estas atrocidades por una única razón: sin estos detalles las naciones de habla inglesa no comprenderían qué clase de nación es esa que se llama Turquía. No he contado los detalles más terribles porque un relato completo de las orgías de sadismo a las que estuvieron sometidos los armenios no puede reproducirse en una publicación norteamericana. Los crímenes que el más perverso instinto pueda imaginar, los refinamientos de persecución e injusticia que la imaginación más vil pueda concebir, fueron las desgracias cotidianas de este pueblo infortunado.

Estoy convencido de que no se encuentra un episodio tan terrible en toda la historia de la raza humana. Parecen casi insignificantes las grandes matanzas y persecuciones del pasado en comparación con los sufrimientos del pueblo armenio durante el año 1915. La matanza de los Albigenses en el siglo trece se ha considerado siempre como uno de los más lastimosos acontecimientos de la historia. En esas erupciones de fanatismo se mató a unas 60.000 personas. En la matanza de San Bartolomé perdieron la vida unas 30.000 personas. Las Vísperas Sicilianas, que siempre han figurado como una de las más brutales erupciones de esta índole, causaron la muerte de 8.000 víctimas. La expulsión de los judíos de España por Fernando e Isabel es probablemente el único episodio de la historia que se parece a las deportaciones armenias. Según Prescott, 160.000 fueron desarraigados de sus casas y desparramados por Africa y Europa. Sin embargo, todas estas persecuciones parecen triviales en comparación a los sufrimientos de los armenios, en que perecieron por lo menos 600.000 y quizás hasta 1.000.000. En las matanzas previas hay un aspecto que se podía tomar como excusa: eran producto del fanatismo religioso y los que las instigaban creían sinceramente que servían a su Dios. El populacho kurdo y turco que

mató a los armenios estaba indudablemente motivado por razones religiosas, pero los que verdaderamente concibieron el crimen no tenían tal móvil. Casi todos eran ateos sin ningún respeto por el mahometismo o el cristianismo; para ellos el único móvil era el del Estado, frío y calculador.

Los armenios no son el único pueblo súbdito de Turquía que ha sufrido por la política de hacer de Turquía un país exclusivo para los turcos. Lo que he contado acerca de los armenios se podría repetir con ciertas modificaciones para los griegos y los sirios. Realmente, los griegos fueron las primeras víctimas de este proyecto de nacionalización. Ya he descrito cómo el gobierno otomano empezó a deportar a sus súbditos griegos de la costa de Asia Menor en los primeros meses anteriores a la guerra. En Europa y en Estados Unidos estos ultrajes despertaron poco interés; sin embargo, en el espacio de dos o tres meses se sacaron unos 100.000 griegos de sus pueblos en el litoral mediterráneo y se los llevó al interior. En la mayoría fueron verdaderas deportaciones, no estuvieron sometidas a matanzas y fueron transportados a nuevas tierras. Probablemente, ya que el mundo civilizado no protestó contra estas deportaciones, los turcos decidieron aplicar los mismos métodos en mayor escala no solamente a los griegos, sino también a los armenios, sirios, nestorianos y otros pueblos sometidos. En efecto, Bedri Bey, prefecto de policía en Estambul, dijo a uno de mis secretarios que la expulsión de los griegos era tan exitosa que habían decidido hacer lo mismo con los otros pueblos súbditos del imperio.

El martirio de los griegos comprende dos etapas: una antes de la guerra y otra que empezó en 1915. La primera afectó mayormente a los griegos de la costa de Asia Menor. La segunda afectó a los que vivían en Tracia, en las tierras alrededor del mar de Mármara, los Dardaneos, el Bósforo y la costa del Mar Negro. Estos últimos, varios centenares de miles, fueron enviados al interior del Asia Menor. Los turcos procedieron con ellos tal como habían procedido con los armenios. Empezaron por incorporarlos al ejército, transformándolos después en batallones de trabajo manual, utilizándolos para construir caminos en el Cáucaso. Miles de estos soldados griegos, como los armenios, murieron de frío, hambre y otras privaciones. Hubo las mismas búsquedas de ar-



ARMENIOS MUERTOS DE HAMBRE Y SED EN LA MESOPOTAMIA

mas en las casas aldeanas y torturaron y golpearon a hombres y mujeres griegas igual que a los armenios. Los griegos tuvieron que someterse a la misma requisita forzada que era simplemente robo en gran escala. Los turcos trataron de obligar a los griegos a convertirse en mahometanos, jovencitas griegas. como las armenias, fueron raptadas y llevadas a harenes turcos y casas de familias musulmanas. Igual que a los armenios, se acusó a los griegos de ser desleales al gobierno otomano; además, los turcos los acusaban de proveer a los submarinos ingleses en el Mármara y de actuar como espías. Los turcos también declaraban que los griegos desleales anhelaban que los griegos de Turquía formaran parte de Grecia. Estas últimas acusaciones eran indudablemente verídicas; era lógico que, después de sufrir cinco siglos bajo el yugo turco, los griegos anhelaran que su territorio formara parte de la madre patria. Sin embargo, como en el caso de los armenios, los turcos tomaron esto como excusa para un ataque furioso contra toda la raza. Por todas partes reunieron en grupos a los griegos y bajo la así denominada protección de los gendarmes turcos, los transportaron al interior, principalmente a pie. No se sabe cuántos fueron desterrados de este modo; se estiman entre 200.000 y 1.000.000. Estas caravanas sufrieron muchas privaciones, pero no eran sometidas a una matanza general como en el caso de los armenios, quizás por esa razón no se ha hablado mucho de ellos. No fue por compasión que los turcos los trataron con mayor consideración. Los griegos tenían un gobierno que velaba por su bienestar, cosa que los armenios no tenían. En ese tiempo los aliados teutónicos temían que Grecia entrara en la guerra del lado de la Entente. Una matanza al por mayor de griegos en Turquía produciría tal alboroto en Grecia que aunque el rey fuera pro-germano no podría retener a su país fuera de la guerra. De esta manera, fue solamente una cuestión política la que salvó a los griegos súbditos de Turquía, de los horrores de que fueron víctimas los armenios. Sin embargo, sus sufrimientos también son terribles y forman otro capítulo en la larga historia de los crímenes de los cuales son responsables los turcos ante la civilización.

CAPITULO XXV

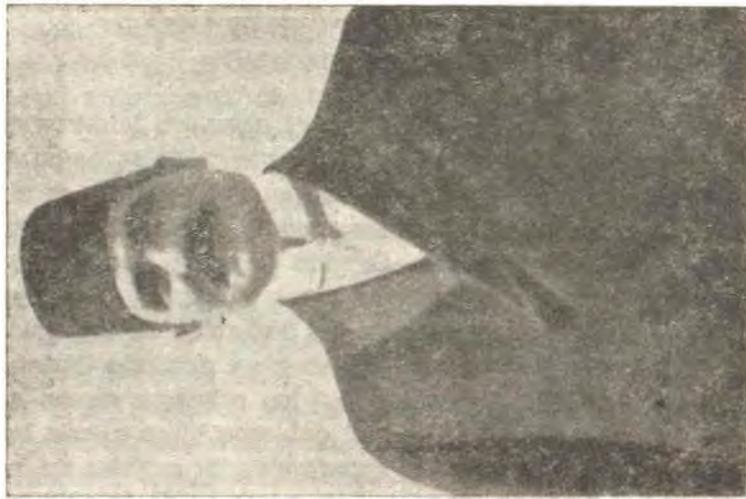
TALAAAT ACLARA EL POR QUE DE LAS DEPORTACIONES ARMENIAS

Los horribles detalles de las matanzas armenias tardaron en llegar a la embajada norteamericana. Algunas noticias empezaron a infiltrarse durante enero y febrero, pero al principio se suponía que eran desórdenes de la misma índole de siempre, comunes en las provincias armenias. Cuando llegaron informes de Urmia, Enver y Talaat los descartaron como exagerados, y cuando por primera vez nos enteramos de los disturbios en Van estos jerarcas turcos declararon que se debían a un pequeño levantamiento que sería pronto controlado. En los primeros meses no era manifiesto, pero ahora veo que el gobierno turco quería impedir a toda costa que llegaran al mundo exterior noticias de los hechos. Europa y América tendrían que enterarse de la exterminación de los armenios solamente después de llevarlas a cabo. Sobre todo, querían ocultar los hechos a Norteamérica, por eso mentían desvergonzadamente al discutir la situación conmigo o con mi personal.

En abril las autoridades arrestaron a unos 200 armenios en Constantinopla y los mandaron al interior. Muchos de los deportados eran intelectuales de elevada cultura, dirigentes comunitarios, líderes industriales y financistas prominentes. Yo conocía a muchos de estos hombres, por eso tenía un interés personal en su desgracia. Sin embargo, cuando hablé a Talaat de su expulsión, respondió que era un acto de defensa propia de parte del gobierno. Dijo que los armenios ya habían demostrado en Van que eran revolucionarios natos; él sabía que los dirigentes de Constantinopla mantenían correspondencia con los rusos y temía que pusieran en marcha una insurrección contra el gobierno central. Lo más prudente, entonces, era mandarlos a Angora u otras ciudades del interior. Talaat negó que esto fuera un plan para deshacerse de los armenios en la ciudad e insistió en que se dejaría en paz a las masas armenias de Constantinopla.



SAID HALIM,
Gran Visir



TALAAAT PASHA
Ministro del Interior

No obstante, del interior llegaban informes cada vez más específicos y alarmantes. La retirada de la flota aliada de los Dardanelos causó un cambio en el ambiente. Hasta entonces se sabía que algo andaba mal en las provincias armenias, pero cuando se demostró definitivamente que los tradicionales amigos de Armenia, Gran Bretaña, Francia y Rusia, no podían hacer nada para ayudarlos, los turcos empezaron a obrar abiertamente. De pronto, en abril, me quitaron el privilegio de usar clave en mi correspondencia con los cónsules norteamericanos. Se aplicó también una censura rigurosa para toda la correspondencia. Tales medidas demostraban que estaban pasando cosas en el interior que las autoridades querían ocultar. Pero eso no se logró. A pesar de todos los impedimentos para viajar, ciertos norteamericanos, principalmente misioneros, lograron pasar. Se sentaban en mi oficina por horas enteras y llorando me contaban los horrores de que habían sido testigos. Muchos de ellos, hombres y mujeres estaban completamente trastornados por las escenas que habían presenciado. En muchos casos me trajeron cartas de cónsules norteamericanos confirmando los peores relatos y añadiendo detalles impublicables. El significado general de todos los informes era que la depravación y perversidad del carácter turco, ya conocidos a través de los siglos, ahora se había superado. Me dijeron que sólo había una esperanza de salvar a casi 2.000.000 de personas de la matanza o el hambre, y era la fuerza moral de los Estados Unidos. A menos que el embajador norteamericano pudiera convencer a los turcos que desistieran, desaparecería la nación armenia, decían los voceros. No eran solamente los misioneros norteamericanos y canadienses quienes hacían esta súplica. Varios de sus colegas alemanes también me pidieron que intercediera. Estos hombres y mujeres confirmaron los peores relatos que yo había oído y denunciaron la falta de piedad de su propia patria. Como alemanes se sentían profundamente humillados de que su nación fuera aliada de un pueblo que podía cometer tales maldades, pero conociendo la política alemana sabían que no intercedería. Era inútil esperar ayuda del Káiser, decían. Norteamérica tendría que detener las matanzas.

En principio, yo no tenía derecho a intervenir. Legalmente, el trato del gobierno turco a sus súbditos era un asunto puramen-

te interno; a menos que tocara directamente vidas o intereses norteamericanos, estaba fuera del alcance de nuestro gobierno. Talaat mismo lo insinuó la primera vez que me acerqué a él para hablar de estos asuntos. Esa entrevista fue una de las más estimulantes de las mantenidas hasta entonces. Precisamente, dos misioneros me habían visitado dándome detalles completos de los espantosos acontecimientos de Konia. Después de escucharlos, no pude contenerme y me dirigí inmediatamente a la Sublime Puerta. En seguida ví que Talaat estaba en un estado de ánimo de lo más feroz. Desde meses atrás trataba de lograr la libertad de dos íntimos amigos suyos, Ayub Sabri y Zinnoun, que habían sido detenidos por los ingleses en Malta. Su fracaso en este asunto lo irritaba constantemente; siempre hablaba de ello, hacía nuevas sugerencias y me pedía ayuda. Se ponía tan furioso al pensar en esos amigos ausentes que nosotros decíamos en broma que Talaat estaba en su estado de ánimo "Ayub Sabri". Esa mañana, precisamente, el ministro estaba en uno de sus peores estados de ánimo "Ayub Sabri". Había vuelto a luchar por la liberación de sus amigos y había fracasado una vez más. Como siempre, trató de mostrarse cortés conmigo, pero sus palabras breves y la rigidez de su cuerpo demostraban que no era momento propicio para despertar en él algún sentimiento de compasión o arrepentimiento. Al principio le hablé del Dr. McNaughton, un misionero canadiense que había sido duramente maltratado en Asia Menor.

"El hombre es un agente inglés", contestó Talaat, "tenemos las pruebas".

"Quisiera verlas", dije yo.

"No haremos nada por ningún inglés o canadiense", dijo él, "hasta que suelten a Ayub y Zinnoun".

"Pero usted prometió tratar como norteamericanos a los ingleses empleados por los norteamericanos", contesté.

"Puede ser", dijo el ministro, "pero la palabra dada no es para siempre. Ahora retiro lo prometido. Hay un límite de tiempo en cualquier promesa".

"Pero", pregunté yo, "si uno no respeta una promesa ¿qué se respeta, entonces?"

"Una garantía", respondió rápidamente Talaat.

Había cierto interés metafísico en esta sutil distinción turca, pero yo tenía que discutir cosas más prácticas. Así que empecé a hablar de los armenios de Konia. Apenas había comenzado, cuando Talaat se puso aún más agresivo. Le chispearon los ojos y con voz mordaz dijo:

“¿Son ellos también norteamericanos?”

Las inferencias de esta pregunta eran poco diplomáticas; en cierto modo, me decía que no interviniera en lo que no era asunto mío. Casi enseguida se explicó mejor.

“No se puede confiar en los armenios”, —dijo—. “Además, lo que nosotros hacemos con ellos no concierne a los Estados Unidos”.

Yo respondí que me consideraba amigo de los armenios y que me espantaba el tratamiento que se les acordaba. Pero él meneó la cabeza y rehusó discutir el asunto. Vi que no ganaría nada con insistir y hablé a favor de otro súbdito inglés que no era bien tratado.

“¿No es inglés, acaso?” replicó Talaat. “Entonces voy a hacer lo que quiera con él”.

“Cómalo si así lo desea”, dije yo.

“No”, dijo Talaat, “no podría digerirlo”.

Estaba de muy mal humor. “**Gott strafe England!**”, gritó, usando una de las pocas frases alemanas que sabía. “En cuanto a sus armenios, no nos importa el futuro. ¡Nosotros vivimos en el presente! En cuanto a los ingleses, quisiera que avise a Washington que no haremos nada por ellos hasta que suelten a Ayub Sabri y Zinnoun!”

Después, inclinándose, apretó su mano contra su corazón y dijo en inglés —creo que estas eran las únicas palabras en inglés que sabía:

“Ayub Sabri —he - my - brother”. (Ayub Sabri, él, mi hermano).

No obstante, otra vez abogué por el Dr. McNaughton.

“No es norteamericano”, dijo Talaat, “es canadiense”.

“Es casi lo mismo”, dije yo.

“Bueno”, replicó Talaat, “si lo suelto, ¿me promete que los Estados Unidos anexarán al Canadá?”

“Lo prometo”, dije, y los dos nos reímos de esta broma.

“Cada vez que viene aquí”, dijo Talaat finalmente, “me saca algo. ¡Bueno, puede tener a su McNaughton!”

Ciertamente, en lo que tocaba a los armenios, esta entrevista no era muy alentadora, pero Talaat no estaba siempre en su estado de ánimo “Ayub Sabri”. Sus emociones cambiaban de un momento a otro como las de un niño; un día lo encontraba feroz e intransigente, y al día siguiente serio, alegre y servicial. Era prudente, entonces, esperar el momento propicio para hablarle sobre el tema que despertaba toda la barbarie de su carácter. De pronto se presentó tal oportunidad. Algunos días después de la mencionada entrevista, visité de nuevo a Talaat. Abrió su escritorio de inmediato y sacó un puñado de telegramas.

“¿Porqué no nos dejan este dinero a nosotros?”, dijo sonriendo.

“¿Qué dinero?”, pregunté.

“Aquí hay un cable para usted de Norteamérica, le mandan mucho dinero para los armenios. No tendría que gastarlo así; dénoslo a nosotros los turcos, lo necesitamos tanto como ellos”.

“No he recibido tal cable”, dije.

“Todavía no, pero lo va recibir”, respondió él. “Siempre recibo sus cables primero, sabe. Después de haberlos leído, se los mando”.

Esta afirmación era la pura verdad. Todas las mañanas los cables simples recibidos en Constantinopla se llevaban a Talaat, quien los leía, antes de despacharlos a sus destinatarios. Aparentemente, hasta los cables diplomáticos no estaban a salvo, excepto, por supuesto, los mensajes en código. Ordinariamente, hubiera protestado contra esta violación de mis derechos, pero frente a este candor simpático de Talaat, juzgué que había llegado el momento oportuno de tratar el tema prohibido.

Sin embargo, esta vez —como muchas otras—, Talaat estuvo evasivo y reservado y mostró mucha hostilidad al interés que los norteamericanos manifestaban hacia los armenios. Lo explicó diciendo que los armenios mantenían constantes comunicaciones con los rusos. La convicción más definida que me dejaron estas conversaciones fue que Talaat era el enemigo más implacable de esta raza perseguida. La anotación de mi diario del 3 de agosto dice: “Tuve la impresión de que Talaat es el que quiere aplastar

a los pobres armenios". Me dijo que el comité de Unión y Progreso había estudiado el asunto en detalle y que se seguía la política que ellos habían iniciado oficialmente. Dijo que yo no debía pensar que las deportaciones eran resultado de decisiones apresuradas; al contrario, se habían estudiado largamente. A veces respondía seriamente y a veces con impertinencia a mis repetidos pedidos de piedad por este pueblo.

"Algún día", dijo una vez, "voy a discutir toda la cuestión armenia con usted". Luego añadió en turco bajando el tono, "pero ese día no va a llegar nunca".

"Además. ¿por qué se interesa tanto por los armenios?" dijo en otra ocasión. "Usted es judío, esta gente es cristiana. Los mahometanos y los judíos siempre se llevan bien. Nosotros tratamos bien a los judíos aquí. ¿Por qué se queja? ¿Por qué no quiere que hagamos con los cristianos lo que queremos?"

A menudo había advertido que los turcos trataban cualquier cuestión como asunto personal, pero este punto de vista me pasó. Sin embargo, era una revelación de la mentalidad turca; el hecho de que haya conceptos de humanidad y civilización que superan cualquier consideración de raza o religión, no se les ocurre nunca. Admiten que un cristiano puede luchar por otro cristiano, o un judío por otro judío, pero no comprenden abstracciones tales como justicia o decencia.

"Parece que no se da cuenta", respondí yo, "que yo no estoy aquí como judío sino como embajador de los Estados Unidos. En mi país hay algo más de 97.000.000 de cristianos y algo menos de 3.000.000 de judíos. Así que en mi oficio de embajador yo soy 97 % cristiano. Pero no se trata de eso. Yo no le suplico en nombre de ninguna raza o religión, solamente como ser humano. Usted me ha dicho muchas veces que quiere que Turquía forme parte del mundo moderno y progresista. La manera como está tratando a los armenios no les va a ayudar, los va poner en el rango de los pueblos atrasados y reaccionarios".

"Tratamos bien a los norteamericanos también", dijo Talaat, "no sé por qué se queja".

"Pero los norteamericanos están indignados por la persecución de los armenios", le respondí. "Ustedes tienen que basarse sobre principios humanitarios, no sobre discriminaciones racia-

les, o los Estados Unidos no lo considerarán como amigos ó iguales. Y ustedes tendrían que comprender los grandes cambios entre los cristianos de todo el mundo. Se están olvidando todos los desacuerdos y se están uniendo todas las sectas. Ustedes desprecian a los misioneros pero no se olviden que es el mejor elemento de Norteamérica, el que los mantiene en su trabajo religioso y educacional. Los norteamericanos no son únicamente materialistas —persiguiendo siempre el dinero— son en general humanitarios y están interesados en que se extiendan la justicia y la civilización en el mundo. Después de esta guerra se van a enfrentar al mundo, pero están equivocados. Van a chocar con la opinión pública en todas partes, especialmente de los Estados Unidos. Nuestra gente no se va a olvidar nunca de estas matanzas. Siempre van a sentirse agraviados por la destrucción en gran escala de los cristianos en Turquía. Lo van a considerar como un asesinato premeditado y van a condenar a todos los responsables. Usted no se va a poder proteger bajo su status político diciendo que actuaba como ministro del Interior y no como Talaat, una persona privada. Está desafiando todas nuestras ideas de justicia”.

Extrañamente, Talaat no se ofendió por esas observaciones, pero su determinación no disminuyó. Parecía haber estado hablando a las paredes. Dejando de lado mis abstracciones, empecé en seguida a definirse.

“Esta gente”, dijo, “se negará a deponer armas cuando se lo pidamos. Se opuso a nosotros en Van y Zeitún, y ayudó a los rusos. Nos podemos defender de una sola manera en el futuro, y la solución es la deportación”.

“Supongamos que algunos armenios sean traidores”, dije yo. “¿Sería esa una razón para destruir a toda la raza? ¿Para hacer sufrir a mujeres y niños inocentes?”

“Esas cosas son inevitables”, dijo él.

Esta observación no era tan esclarecedora como la que hizo Talaat al reportero del Berliner Tageblatt, quien le preguntó la misma cosa. “Nos han censurado”, dijo, “por no distinguir entre armenios culpables e inocentes, pero esto no era posible, visto que los que hoy son inocentes pueden ser culpables mañana”.

Talaat no podía discutir este asunto libremente conmigo, porque el intérprete de la embajada era armenio. Así que en los primeros días de agosto me mandó un mensajero pidiéndome que lo viera solo y que él se encargaría del intérprete. Por primera vez Talaat admitía que yo podía tener interés en el tratamiento acordado a los armenios. Dos días después nos encontramos. Por casualidad, me había afeitado la barba después de haber visto a Talaat la última vez. Cuando me vio, empezó a bromear como de costumbre.

“Se ha vuelto joven otra vez”, dijo, “ahora es tan joven que no le puedo pedir consejos”.

“Me afeité”, respondí yo, “porque mi barba se volvía blanca por culpa de su tratamiento a los armenios”.

Después de estas galanterías nos pusimos a conversar seriamente. “Le pedí que viniera hoy”, empezó Talaat, “para poder explicarle nuestra posición en el asunto armenio. Nuestras objeciones a los armenios están basadas en tres distintas razones. En primer lugar, se han enriquecido a costa de los turcos. En segundo lugar, están resueltos a dominarnos y a establecer un estado separado. En tercer lugar, han alentado abiertamente a nuestros enemigos. Han ayudado a los rusos en el Cáucaso y a ello se debe nuestro fracaso. Por eso hemos llegado a la decisión irrevocable de mantenerlos inofensivos hasta que termine la guerra”.

Yo tenía muchos argumentos para refutar esos puntos. La primera objeción de Talaat era meramente el reconocimiento de que los armenios eran más trabajadores y más capaces que los lerdos y perezosos turcos. Ciertamente, como medio de deshacerse de la competencia comercial, la matanza era un concepto original. La acusación de que los armenios “conspiraban” contra Turquía, en realidad daba a entender que los armenios suplicaban constantemente a las potencias europeas que los protegieran contra el saqueo, las matanzas y otros ultrajes. El problema armenio, como todos los problemas raciales, era el resultado de centenares de años de injusticia y malos tratos.

Existía una sola solución: la creación de un gobierno ordenado en el cual todos los ciudadanos fueran tratados del mismo modo y en el cual cualquier ofensa fuera tratada como el acto

de un individuo sin tomar en consideración su raza. Discutí largamente sobre estos propósitos.

"No vale la pena discutir", respondió Talaat, "ya hemos liquidado las tres cuartas partes de los armenios; ya no quedan más armenios en Bitlís, Van y Erzerum. Ya es tan intenso el odio entre turcos y armenios que tenemos que terminar con ellos. Si no, se vengarán de nosotros".

"Si no se convence por consideraciones humanas", dije yo, "piense en la pérdida material. Los armenios son comerciantes. Controlan muchas industrias turcas. Pagan impuestos bien altos. ¿Qué sería de la economía del país sin ellos?"

"No nos importa la pérdida comercial", replicó Talaat. "Ya lo hemos calculado y sabemos que no va a pasar de los cinco millones de liras. Esto no nos preocupa. Le pedí que viniera aquí para avisarle que nuestra política hacia los armenios está bien decidida, nada la va a cambiar. No vamos a permitir que ningún armenio se quede en Anatolia. Pueden vivir en el desierto, pero en ninguna otra parte".

Todavía traté de convencerlo de que la destrucción de la raza era un gran error y que eso sería una mancha infame para el país.

"Está cometiendo un terrible error", dije, y lo repetí tres veces.

"Sí", dijo, puede ser que cometamos errores, pero", —con los labios entrecerrados—, "nunca lo deploramos".

Varias veces discutí con Talaat acerca de los armenios, pero no llegué a nada. Siempre volvía a los puntos de esta entrevista. Me concedía cualquier pedido que hiciera a favor de norteamericanos o hasta de franceses o ingleses, pero no podía obtener concesión alguna para los armenios. Parecía que tuviera un gran sentimiento personal en este asunto y cuanto más sufran ellos, tanto más parecía crecer su antagonismo. Un día, al discutir sobre un armenio en particular, dije a Talaat que estaba equivocado con respecto a él, que en realidad era amigo de los turcos.

"Ningún armenio", dijo Talaat, "puede ser nuestro amigo después de lo que hemos hecho".

Un día Talaat me hizo una propuesta asombrosa. La New York Life Insurance Company y la Equitable Life of New York ha-

hían hecho bastantes negocios entre los armenios durante muchos años. Esta gente aseguraba su vida ampliamente, lo que demostraba sus costumbres ahorrativas.

“Quisiera”, dijo ahora Tlaat. “que pidiera a las compañías de seguros norteamericanas que nos manden una lista completa de los armenios que están asegurados. Ya casi todos están muertos y no tienen herederos. Por supuesto, todo corresponde al gobierno, que es ahora el único beneficiario. ¿Lo hará, por favor?”

Esto ya era demasiado y me enojé.

“Usted no obtendrá de mí ninguna lista”, le dije y me fui.

Otro episodio respecto a los armenios encolerizó a Talaat. Hacia fines de septiembre la Sra. Morgenthau partió para Norteamérica. Los sufrimientos de los armenios la habían impresionado mucho y no soportaba vivir más en este país. Pero resolvió por su cuenta hacer una última gestión por este pobre pueblo. Tenía que regresar pasando por Bulgaria y le habían insinuado que la reina Eleonora tendría mucho gusto en recibirla. La reina Eleonora era una mujer magnánima que pasaba su tiempo tratando de mejorar la condición de los pobres en Bulgaria. Conocía las obras sociales de Norteamérica y varios años atrás había proyectado viajar allí para estudiarlos mejor. En el momento de la visita de la Sra. Morgenthau se encontraban con ella dos enfermeras de la Henry Street Settlement de New York que enseñaban los métodos de la Cruz Roja Norteamericana a un grupo de jovencitas búlgaras.

A mi mujer le interesaba la visita a la reina para poder hablar con ella y suplicar por los armenios; una charla íntima de una mujer con otra. El momento era crítico, porque Bulgaria se preparaba para entrar en la guerra y Turquía le haría concesiones para que estuviera de su lado. Por lo tanto, era el momento justo para hacer tal súplica.

La reina recibió a la Sra. Morgenthau de manera informal y mi mujer le contó todo lo que pasaba con los armenios, cosa completamente nueva para la reina. Se había escrito poco sobre el asunto en la prensa europea y seguramente se ocultaría la verdad a una mujer como la reina. La Sra. Morgenthau le dio todos los datos sobre el trato a los armenios y le pidió interceder

por ellos. Hasta sugirió que sería terrible si Bulgaria, que había sufrido tanto en manos de los turcos, se uniera a ellos en la guerra. La reina Eleonora se emocionó mucho. Le agradeció a mi mujer por haberle hecho conocer estos hechos y dijo que trataría de hacer algo. Justamente cuando la Sra. Morgenthau se preparaba para salir, vio al duque de Mecklenburgo en la puerta. En ese tiempo el duque estaba en Sofía tratando de arreglar la entrada de Bulgaria en la guerra. La reina lo presentó a la señora Morgenthau; Su Alteza se mostró cortés, con aire frío y ofendido. Su comportamiento demostró que había oído gran parte de la conversación entre las dos mujeres. Como se esforzaba en hacer entrar a Bulgaria del lado de los alemanes es obvio que no le gustó la presencia de la Sra. Morgenthau, que suplicaba que Bulgaria no se aliara a Turquía.

La reina Eleonora se interesó enseguida por la causa armenia. Y resultó que el ministro búlgaro en Turquía protestó contra las autoridades. No se logró nada con esta protesta fuera de que despertó la ira de Talaat contra el embajador americano. Cuando tuve que visitarlo algunos días después por asuntos rutinarios, lo encontré de muy mal humor. Contestó a mis preguntas furiosamente, con monosílabos. Luego me dijeron que la súplica de la señora Morgenthau a la reina lo había indignado. Sin embargo, en algunos días cambió su humor porque Bulgaria entró en la guerra del lado de Turquía.

Su posición hacia los armenios era bien clara, en vista de sus jactancias a sus amigos: "Para resolver la cuestión armenia logré más en tres meses que Abdul Hamid en treinta años".

CAPITULO XXVI

ENVER HABLA DE LOS ARMENIOS

Durante todo este tiempo yo presionaba también sobre Enver. Como he señalado ya, el ministro de Guerra era de una personalidad distinta a la de Talaat. Ocultaba sus verdaderos sentimientos mucho mejor, por lo general era un hombre afable, impasible y escrupulosamente cortés. Y al principio no era tan duro como Talaat cuando se hablaba de los armenios. Trató los primeros acontecimientos como exageración extravagante, dijo que los disturbios de Van formaban parte de la guerra, y trató de calmar mi temor acerca de la aniquilación en gran escala de los armenios. Sin embargo, mientras Enver intentaba engañarme, me enteré que admitía la verdad a otras personas. Particularmente, no trató de ocultarle la verdadera situación al Dr. Lepsius, representante de los misioneros alemanes. El Dr. Lepsius era un caballero cristiano y culto. Había asistido a las matanzas armenias de 1895 y había juntado mucho dinero para edificar orfanatos para los niños armenios que perdieron sus padres en esa época. Volvió en 1915 como representante de los misioneros alemanes, para investigar la situación armenia. Pidió permiso para inspeccionar los informes de los cónsules norteamericanos y se lo concedí. Estos documentos y otras informaciones que el Dr. Lepsius consiguió, sobre todo por misioneros alemanes del interior, no le dejaron ninguna duda en la mente acerca de la política turca. Se rebeló principalmente contra su propio gobierno. Me dijo que, como alemán, se sentía humillado al pensar que los turcos emprenderían la exterminación de sus súbditos cristianos, sin que Alemania, una nación cristiana, hiciera algún esfuerzo para prevenirlo. Enver no le ocultó el propósito oficial. El Dr. Lepsius quedó atónito de tal franqueza, pues Enver le dijo claramente que por fin tenían la oportunidad de deshacerse de los armenios y que lo harían sin duda.

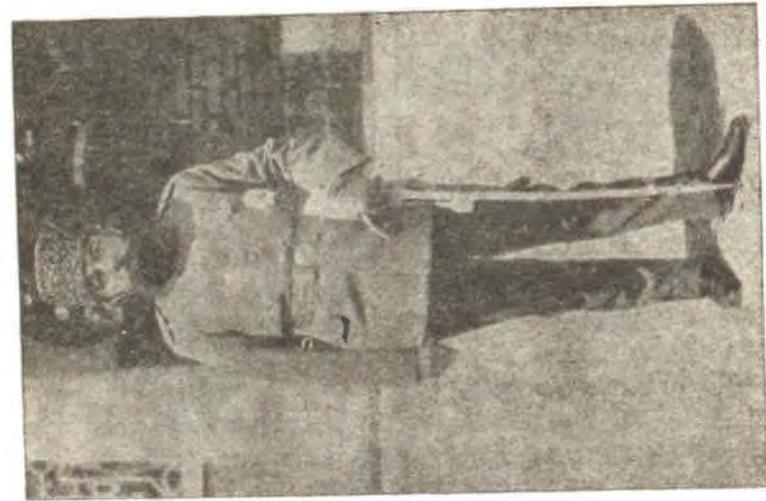
Ya ahora Enver era más sincero conmigo —era inútil que tratara de ocultar la verdadera situación ya que yo poseía infor-

mes detallados— y tuvimos muchas discusiones, largas y animadas, sobre este tema. Me acuerdo de una de ellas en particular. Hice advertir a Enver que quisiera hablar detalladamente acerca de este asunto y me concedió el tiempo necesario para revisar toda la situación.

Enver empezó: “Los armenios fueron advertidos de antemano lo que les pasaría si se unían a nuestros enemigos. Hace tres meses hice venir al patriarca armenio y le dije que si los armenios trataban de iniciar una revolución o de ayudar a los rusos, me sería imposible impedir que les ocurriera daño. Mi advertencia no tuvo efecto y los armenios comenzaron la revolución y ayudaron a los rusos. Usted sabe lo que pasó en Van. Obtuvieron el control de la ciudad, bombardearon los edificios del gobierno y mataron a gran número de musulmanes. Sabíamos que planeaban sublevaciones en otras partes. Usted tiene que comprender que nosotros estamos ahora luchando por nuestras vidas en los Dardanelos y que estamos sacrificando miles de hombres. Mientras estamos combatiendo no podemos permitir que la gente de nuestro país nos ataque por detrás. Tenemos que impedirlo, pase lo que pasare. Es cierto que no me opongo a los armenios como pueblo. Tengo la mayor admiración por su inteligencia e industria y quisiera sinceramente que formaran parte de nuestra nación. Pero si se unen a nuestros enemigos como hicieron en el distrito de Van, hay que destruirlos. He tratado por todos los medios de evitar injusticias; hace poco tres armenios habían sido deportados; los hice volver a sus casas cuando me enteré de que eran inocentes. Rusia, Francia, Gran Bretaña y Norteamérica no ayudan a los armenios aprobando los y alentando los. Sé que tal incentivo estimula a un pueblo que siente inclinación hacia la revolución. Cuando nuestro partido de Unión y Progreso atacó a Abdul Hamid, recibimos apoyo moral del mundo exterior. Este apoyo nos ayudó muchísimo y nos condujo al éxito. Igualmente podría ayudar ahora a los armenios en su programa revolucionario. Estoy convencido de que si estos países extranjeros no los alentarán, ellos abandonarían sus esfuerzos para oponerse al presente gobierno y se convertirían en ciudadanos observantes de la ley. Este país está ahora bajo nuestro control absoluto y podemos fácilmente vengarnos de cualquier revolucionario’.



REFUGIADOS ARMENIOS EN VAN,, TRATANDO DE OBTENER PAN



DJEMAL PASHA
Ministro de Marina



ENVER PASHA
Ministro de Guerra

"Entonces", dije yo, "suponiendo que usted dijera la verdad, ¿por qué no castiga solamente a los culpables? ¿Por qué sacrifica a una raza entera por los crímenes de algunos individuos?"

"Su punto de vista es bueno para épocas de paz", contestó Enver. "Se pueden entonces emplear métodos platónicos para apaciguar a los armenios y a los griegos, pero en época de guerra no podemos investigar y discutir. Tenemos que actuar rápidamente y con determinación. También pienso que los armenios no tendrían que contar con los rusos. Los rusos preferirían verlos muertos antes que vivos. Son un gran peligro para los rusos tanto como para nosotros. Si formaran un gobierno independiente en Turquía, los armenios de Rusia tratarían de formar otro gobierno independiente allá. Los armenios han sido también culpables de matanzas; en todo el territorio de Van se salvaron solamente 30.000 turcos, los demás fueron asesinados por armenios y kurdos. Traté de proteger a los no combatientes en el Cáucaso, pedí que no se les hiciera daño, pero la situación estaba fuera de mi control. Hay cerca de 70.000 armenios en Constantinopla, no los vamos a molestar, a excepción de los que son "Dashnaks" y de los que conspiran contra los turcos. Sin embargo, creo que usted puede estar tranquilo por este asunto, ya que no se matarán más armenios".

Cuando los informes llegaron a los Estados Unidos surgió el problema de la ayuda financiera. En los últimos días de julio me enteré que había 5000 armenios de Zeitún y Sultanié que no recibían ningún alimento. Hablé de ellos a Enver, y declaró positivamente que recibirían alimento adecuado. No recibió favorablemente la sugestión de que representantes norteamericanos fueran a esa parte del país para ayudar a los desterrados.

No tomé en serio la última declaración de Enver. Mientras me decía estas cosas, seguían las matanzas y las deportaciones en todas las provincias armenias y continuaron sin interrupción por varios meses.

"Si algún norteamericano hiciera eso", dijo, "alearía a todos los armenios, lo que causaría más disturbios. La población de Turquía es de 28.000.000. los armenios cuentan un millón y no nos proponemos permitir que ese millón altere la paz del resto de la población. Lo que pasa con los armenios es que son separatistas

tas. Quieren tener un reino propio, y se han dejado engañar por los rusos. Les prestaron ayuda en esta guerra, porque contaron con su amistad. Nosotros queremos que se comporten como turcos. Acuérdesse que cuando empezamos esta revolución en Turquía teníamos nada más que 200 personas en nuestro grupo. Con estos pocos secuaces pudimos engañar al sultán y al pueblo; ellos pensaban que teníamos muchos más hombres y poder. En realidad, lo convencimos a él y al pueblo con pura audacia y dictamos así la constitución. Nuestra propia experiencia con revoluciones nos hace temer a los armenios. Si 200 turcos pudieron derribar al gobierno, entonces algunos centenares de armenios inteligentes y educados podrían hacer lo mismo. Por eso deliberadamente hemos adoptado el plan de dispersarlos para que no puedan dañarnos. Como le dije antes, le avisé al patriarca armenio que si los armenios atacaban mientras estábamos combatiendo contra las fuerzas extranjeras, los turcos nos vengaríamos, y nos vengaríamos sin distinción”.

Enver nunca quiso que misioneros norteamericanos u otros amigos de los armenios fueran a ayudarlos o alentarlos.

“Demuestran demasiada simpatía hacia los armenios”, dijo repetidas veces.

Yo había sugerido que algunos norteamericanos notables fueran a Tarso y Marsován.

“Si van allá temo que los habitantes de esas regiones se enojen y quieran empezar un tumulto que podría crear un incidente. Por lo tanto, es mucho mejor para los armenios que los misioneros americanos no se acerquen a ellos”.

“Pero usted está arruinando el país económicamente”, dije una y otra vez, cuando repetí lo que había discutido con Talaat. Y él contestó con casi las mismas palabras, demostrando así que el tema había sido plenamente discutido por los poderes reinantes.

“Las consideraciones económicas no tienen importancia en este momento. Lo importante es vencer. Es lo único que tenemos en mente. Si triunfamos, todo saldrá bien; si perdemos, de cualquier modo todo saldrá mal. Nuestra situación es desesperada, lo admito, y estamos luchando como hombres desesperados. No vamos a permitir que los armenios nos ataquen por atrás”.

El problema de la ayuda financiera para los armenios hambrientos llegó a ser cada vez más urgente, pero Enver continuó insistiendo en que los norteamericanos no debían acercarse a las provincias armenias.

“¿Cómo podemos proporcionar pan a los armenios”, declaró Enver, “cuando no podemos conseguir bastante cantidad para nuestra gente? Sé que están sufriendo y que probablemente no van a conseguir pan todo el invierno que viene. Pero nosotros tenemos mucha dificultad para conseguir harina y ropa aquí mismo en Constantinopla”.

Dije que tenía dinero y que los misioneros norteamericanos deseaban emplearlo en beneficio de los refugiados.

“No queremos que los norteamericanos alimenten a los armenios”, contestó bruscamente. “Esta es una de las peores cosas que les podría pasar. He dicho antes que ellos creen tener amigos en otros países, por eso se oponen al gobierno y se crean toda clase de problemas. Si ustedes los norteamericanos empiezan a repartir alimentos y ropas entre los armenios, ellos pensarán que tienen amigos poderosos en los Estados Unidos. Esto les alentará a rebelarse de nuevo y nosotros tendremos que castigarlos más todavía. Si usted entrega el dinero recibido a los turcos, lo emplearemos en beneficio de los armenios”.

Enver hizo esta propuesta con cara seria y no solamente en esta ocasión, sino en varias otras. En el mismo instante en que Enver sugería este tipo de ayuda, los gendarmes y oficiales turcos no sólo despojaban a los armenios de sus enseres, su alimento y todo su dinero, sino que quitaban toda la vestimenta de las mujeres y punzaban sus cuerpos con bayonetas, mientras ellas se tambaleaban a través del desierto ardiente. Y el ministro de guerra proponía ahora que diéramos nuestro dinero norteamericano a esos mismos guardianes de la ley para que lo distribuyeran entre esa gente. Sin embargo, tenía que actuar con tacto.

“Si usted u otros jefes del gobierno se responsabilizaran personalmente de la distribución”, dije yo, “les entregaríamos el dinero con toda seguridad. Pero comprenda que no podríamos dar este dinero a los hombres que siguen matando a los armenios y siguen violando a sus mujeres”.

Pero Enver volvió a su idea principal.

“Nunca tienen que saber”, dijo, “que Estados Unidos los protege. ¡Esto los arruinaría completamente! Es mucho mejor que mueran de hambre; y cuando digo esto pienso verdaderamente en el bienestar de los armenios. Si solo se les pudiera convencer de que no tienen amigos en otros países, entonces se calmarán, reconocerán que Turquía es su único refugio y se convertirán en ciudadanos tranquilos. Su país no los beneficia manifestando constantemente simpatía. Al contrario, por culpa de ustedes están aún más oprimidos”.

¡En otras palabras, cuanto más dinero mandaban los norteamericanos para alimentar a los armenios, tantos más armenios se proponían matar los turcos! La lógica de Enver era enloquecedora: sin embargo, cedió al final y me permitió ayudar a las víctimas por medio de ciertos misioneros. En todas nuestras discusiones insistió hipócritamente en que él era un verdadero amigo de esta nación confusa y que las medidas severas que había adoptado eran una especie de compasión disfrazada. Ya que Enver afirmaba siempre que quería tratar a los armenios con justicia —en esto su actitud hacia mí difería bastante de la de Talaat, que admitía públicamente que deseaba deportarlos— hice todo lo posible para preparar un plan detallado a fin de mejorar sus condiciones. Le propuse lo siguiente: le dije que si quería actuar con justicia, tendría que proteger a los refugiados inocentes y disminuir sus sufrimientos tanto cuanto fuera posible; y para lograr este fin tendría que pedir la ayuda de una comisión especial de armenios y mandar un armenio competente como Oskan Effendi, que había sido ministro de Correos y Telecomunicaciones, para estudiar las condiciones y proponer soluciones a los males existentes. Enver no aprobó ninguna de mis dos propuestas; en cuanto a la primera dijo que sus colegas la interpretarían mal, y en cuanto a Oskan, dijo que lo admiraba como buen ministro y organizador pero que no podía confiar en él, ya que pertenecía a la Sociedad Armenia Dashnak.

En otra entrevista con Enver, sugerí que no había que echar la culpa de las matanzas al gobierno central. Pensé que esta sugerencia no le sería desagradable.

“Naturalmente, sé que el ministerio nunca daría orden de hacer cosas tan horribles. Usted y Talaat y el resto del Comité no

pueden ser responsables de esto. Sin duda sus subordinados han ido mucho más lejos de lo que ustedes pensaban. Me doy cuenta que no es siempre fácil controlar a sus subordinados”.

Enver se irguió enseguida. Vi que mis observaciones, en vez de facilitar el camino hacia una discusión amistosa y tranquila, lo habían ofendido muchísimo. Yo había insinuado que en Turquía pasaban cosas de las cuales él y sus asociados no eran responsables.

“Se equivoca mucho”, dijo, “este país está completamente bajo nuestro control. No tengo el deseo de echar la culpa a nuestros subordinados y estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad por todo lo que ha ocurrido. El ministerio mismo ha ordenado las deportaciones. Estoy convencido de que nuestra conducta está justificada, ya que los armenios tienen una actitud hostil hacia el gobierno otomano, pero nosotros somos los verdaderos gobernantes de Turquía y ningún subordinado se atrevería a proceder en este asunto sin orden nuestra”.

Enver trató de mitigar la barbarie de su actitud demostrando clemencia en casos particulares. No hice progresos en mis esfuerzos de parar la matanza en gran escala, pero pude salvar de la muerte a algunos armenios. Un día me enteré por medio del cónsul norteamericano en Esmirna, que siete armenios habían sido condenados a morir en la horca. Estos hombres habían sido acusados de una dudosa ofensa política en 1909; sin embargo, ni Rahmi Bey, el gobernador general de Esmirna, ni el gobernador militar creían que fueran culpables. Cuando la orden de ejecución llegó a Esmirna las autoridades mandaron un telegrama a Constantinopla; el telegrama decía que bajo la ley otomana los acusados tenían derecho de pedir clemencia al sultán. La contestación que se dio a este comunicado demuestra muy claramente los derechos que los armenios tenían en aquella época:

“Técnicamente tiene razón; ahórquenlos primero y manden la petición por el perdón después”.

Visité a Enver para salvar a estos hombres; era un día de “Bairam”, que es la fiesta religiosa más importante de los mahometanos; es el día que sigue al Ramazan, el mes de ayuno de los musulmanes. El Bairam tiene un punto en común con Navidad; en ese día es costumbre de los mahometanos intercambiar pe-

queños regalos, por lo general, bombones. Entonces, después de las acostumbradas felicitaciones, le dije a Enver:

“Hoy es Bairam, y todavía no me ha enviado ningún regalo”.

Enver se rió.

“¿Qué es lo que quiere? ¿Desea que le envíe una caja de bombones?”

“Oh, no”, contesté, “no le va a salir tan barato. Quiero el perdón de los siete armenios que el consejo de guerra ha condenado en Esmirna”.

Aparentemente esta propuesta le pareció muy divertida a Enver.

“Es una manera rara de pedir por un perdón”, dijo. “Sin embargo, ya que usted me lo pide de este modo, no puedo rehusar”.

Hizo llamar a su ayudante inmediatamente y telegrafió a Esmirna para disponer la libertad de estos hombres.

Así al acaso se administra justicia en Turquía, y así se toman decisiones con respecto a la vida de los seres humanos. Se ve muy claramente que los turcos tienen muy poco aprecio por la vida y que su conducta está controlada por principios muy débiles. Enver perdonó a esos hombres no porque tuviera el más mínimo interés en ellos, sino simplemente como favor personal hacia mí y sobre todo por la manera ridícula que empleé para pedirlo. En todas las conversaciones acerca de los armenios el ministro de guerra trataba todo el asunto de una manera más o menos fortuita; podía discutir el destino de una raza en un paréntesis, y referirse a la matanza de niños con suma indiferencia, como si hablara del tiempo.

Un día Enver me pidió que paseara a caballo con él por el bosque de Beigrado. Ya que no perdía ninguna oportunidad para ejercer presión sobre él, acepté esta invitación. Fuimos en auto hasta Buyukdere, en donde nos esperaban cuatro subalternos con caballos. Durante nuestro paseo por el hermoso bosque Enver se comunicó conmigo de una forma más íntima que nunca. Habló afectuosamente de sus padres, dijo que cuando se habían casado su padre tenía dieciseis años y su madre solamente once, y que él había nacido cuando su madre tenía quince años. Hablando de su mujer, la princesa imperial, reveló una faceta mu-

cho más amable de su carácter. Habló de su dignidad como amá de casa, deploró que las ideas mahometanas de decoro le prohibieran la entrada en la sociedad, pero manifestó el deseo de que ella y la Sra. Morgenthau pudieran conocerse. En aquel tiempo Enver estaba amueblando un hermoso palacio nuevo en el Bósforo; dijo que una vez terminado el palacio, la princesa invitaría a mi mujer para el desayuno. Justamente en ese momento estábamos pasando por la casa y los terrenos del senador Abraham Pashá, un armenio muy rico. Este hombre había sido amigo íntimo del Sultán Abdul Aziz, y dado que en Turquía un hombre hereda los amigos de su padre así como su propiedad, el príncipe heredero de Turquía, hijo de Abdul Aziz, visitaba al distinguido senador una vez por semana. Al pasar por el parque Enver observó con desagrado que unos leñadores estaban talando árboles y los detuvo. Cuando supe más tarde que el ministro de guerra había comprado este parque, comprendí una de las razones de su enojo. Ya que Abraham Pashá era armenio, esto me dio la oportunidad de reanudar el tema.

Le hablé de la manera horrible como se trataba a las mujeres armenias.

Le hice la siguiente observación: "Usted dijo que quiere proteger a las mujeres y a los niños, pero sé muy bien que nadie obedece sus órdenes".

"No crea esos cuentos", me contestó. "no puedo concebir que un soldado turco pueda maltratar a una mujer embarazada".

Quizás, si Enver hubiera podido leer los informes detallados que se encontraban en los archivos de la embajada norteamericana, hubiera cambiado de opinión.

Apartándose otra vez del tema, me preguntó por mi montura, que era del tipo conocido como "General McClellan". Enver la probó y le gustó tanto que me la pidió prestada, se hizo hacer una igual —incluyendo el número en un rincón— y la adoptó para uno de sus regimiento. Me habló de los ferrocarriles que estaba construyendo en Palestina, me dijo que el gabinete funcionaba muy bien y señaló que ahora había grandes oportunidades en Turquía para especular en propiedades. ¡Hasta sugirió que él y yo uniéramos fuerzas para comprar tierras que, sin duda alguna,

umentarían de valor! Pero yo insistía en hablar de los armenios. Sin embargo, no hice ningún progreso.

"No vamos a permitir que se amontonen en lugares donde puedan conspirar contra nosotros y ayudar a nuestros enemigos. Así que vamos a darles un nuevo alojamiento".

Desde el punto de vista de Enver, este paseo a caballo fue tan satisfactorio que hicimos otro después de unos días. Esta vez nos acompañaron Talaat y el Dr. Gates, rector del Robert College. Enver y yo íbamos delante, mientras que nuestros compañeros venían atrás. Estos oficiales turcos son muy celosos de sus prerrogativas, y dado que el ministro de guerra ocupa la más alta posición en el gobierno, Enver insistió en que había que mantener la distancia correcta entre nosotros y los dos otros jinetes. Esto me parecía raro, ya que Talaat era un político mucho más poderoso; sin embargo, aceptó ese distinción y pasó ante nosotros una sola vez. Enver mostró su desagrado frente a esta violación de las reglas, entonces Talaat paró su caballo y pasó humildemente atrás.

Para disculparse, Talaat dijo: "Le estaba mostrando al doctor Gates el paso de mi caballo".

Pero a mí me interesaban cosas más importantes que estas finas distinciones de etiqueta social; quería hablar acerca de los armenios. Pero una vez más no hice ningún progreso. Enver quiso discutir sobre temas más interesantes.

Empezó a hablar de su caballo, y luego un incidente más, demostró el carácter volátil del pensamiento turco —la facilidad que tiene el turco para pasar de actos monstruosamente criminales a actos de bondad individual. Enver dijo que pronto se efectuarían carreras de caballo y que lamentaba no tener jockey.

"Le voy a dar un jockey inglés", le dije. "¿Quiere hacer un negocio? Es un prisionero de guerra. Si gana ¿le dará usted su libertad?"

"Lo haré", dijo Enver.

Este hombre, que se llamaba Fields, realmente participó en las carreras como jockey de Enver y salió tercer ganador. ¡Cabalgó para obtener su libertad, como dijo el Sr. Philip! No salió primero, y según las condiciones del acuerdo, el ministro no tenía

obligación de dejarlo volver a Inglaterra, pero Enver le devolvió igualmente su libertad.

Durante este mismo paseo Enver me hizo una exhibición de su aptitud como tirador.

En cierto punto del camino, de repente oí una pistola. Era el ayudante de Enver que practicaba. Inmediatamente Enver se apeó, sacó su revólver y extendiendo el brazo, rígido y horizontal, apuntó.

"¿Ve esa ramita en aquel árbol?", me preguntó. Estaba a casi nueve metros de distancia.

Cuando dije que sí, Enver disparó, y la ramita cayó al suelo.

La rapidez con la cual Enver podía sacar el arma de su bolsillo, apuntar y disparar, me explicó por qué tenía tanta influencia sobre la banda de piratas que gobernaba a Turquía en ese tiempo. Se contaba que Enver no vacilaba en emplear este método de persuasión en ciertos momentos críticos de su carrera; no sé si estas anécdotas eran ciertas, pero puedo atestiguar que era un gran tirador.

Talaat también empezó a divertirse del mismo modo y pronto los dos hombres de estado disparaban y se entretenían alegremente como niños.

"¿Tiene una de sus tarjetas?", preguntó Enver. Me la hizo clavar sobre un árbol que se encontraba a quince metros de distancia.

Enver disparó primero. Su mano era firme; su vista estaba clavada en el blanco, y la bala dio en el centro de la tarjeta. Este éxito irritó a Talaat. Apuntó, pero su mano tosca y su muñeca temblaron levemente. No era un atleta como su asociado. Varias veces Talaat disparó contra los bordes de la tarjeta, pero no pudo repetir el arte de Enver.

"Si disparara contra un hombre", dijo el corpulento turco, saltando nuevamente sobre su caballo. hubiera acertado varias veces".

¡Así terminaron mis esfuerzos para despertar el interés de los dos turcos más poderosos de la época en el destino de uno de los elementos más valiosos de su imperio!

He dicho ya que Said Halim, el gran visir, no era un personaje influyente. Nominalmente ocupaba el puesto más importante del imperio, pero en realidad el gran visir era nada más que un figurón y Talaat y Enver controlaban al mismo sultán. Técnica-mente, los embajadores tenían que negociar con Said Halim, puesto que era ministro del Exterior; pero pronto me di cuenta de que no se podía hacer nada de esta manera, y aunque seguía haciendo mis visitas de cortesía todos los lunes, preferí negociar con los hombres que tenían el verdadero poder de decidir todos los asuntos del imperio. Para no ser acusado de descuidar los medios de presionar sobre el gobierno otomano, llamé varias veces la atención del gran visir sobre la causa armenia. Ya que él no era turco, sino egipcio, y además, hombre educado y culto, pensé que podría tener una actitud un poco diferente hacia los pueblos sometidos. Pero me equivoqué. El gran visir era tan hostil hacia los armenios como Talaat y Enver. Me di cuenta de que la simple mención del tema lo irritaba enormemente. Evidentemente, no quería interrumpir su tranquilidad por asuntos tan desagradables e insignificantes. El gran visir demostró su actitud cuando el Encargado de Negocios griego le habló acerca de las persecuciones contra los griegos. Said Halim dijo que esas manifestaciones perjudicaban a los griegos.

“Haremos con ellos exactamente lo contrario de lo que nos piden”, dijo el gran visir.

El principal ministro nominal adoptó la misma actitud frente a mis súplicas. Tuve la desagradable misión de mandarle una notificación en nombre de los gobiernos británico, francés y ruso. Según ese documento, estas potencias hacían responsables de las atrocidades armenias a los hombres que dirigían los asuntos otomanos. Esto quería decir, naturalmente, que en caso de un éxito aliado, el gran visir, Talaat, Enver y Djemal serían tratados como asesinos comunes. Cuando entré en la habitación para discutir este mensaje bastante descocertante con este miembro de la casa real de Egipto, lo encontré sentado, jugando nerviosamente con sus cuentas y en estado de ánimo no muy cordial. Con cara enojada empezó a hablar del telegrama y lanzó una larga diatriba contra toda la raza armenia. Dijo que armenios “rebel-des” habían matado a 120.000 turcos en Van. Sus declaraciones

eran tan absurdas que empecé a defender animosamente a la raza perseguida. El gran visir se enojó muchísimo, y dejando a los armenios de lado, empezó a injuriar a mi país, diciendo que nuestra simpatía por los armenios era causa de todos los disgustos a que estaban sometidos.

Poco después de esta entrevista, Said Halim dejó de ser ministro del Exterior; su sucesor fue Halil Bey, que había sido presidente del cuerpo legislativo turco. Halil era un hombre distinto. Era mucho más inteligente, más discreto y tenía mucha más influencia en los asuntos turcos. Su conversación era suave y melosa, era afable y gordo y sus sentimientos eran, por lo general, más decentes que los de los demás políticos turcos de la época. Se decía que Halil no aprobaba los procedimientos contra los armenios, pero que su posición oficial lo obligaba a aceptarlos y hasta a defenderlos. Poco después de haber obtenido su puesto en el ministerio, Halil me visitó y me dio una explicación un poco vaga acerca de las atrocidades armenias. Yo ya había tenido experiencia con varias actitudes oficiales hacia las persecuciones; Talaat había sido cruel y feroz, Enver sutilmente calculador, mientras que el gran visir había optado por una actitud quisquillosa. Halil se refería a la eliminación de esta raza con suma jovialidad. Ante cualquier cosa que le dije acerca de los procedimientos, por más que traté de usar términos fuertes, no perdí su ecuanimidad. Empezó por admitir que nada podía mitigar esas matanzas, pero agregó que para poder comprenderlas había factores que yo tendría que aceptar.

“Admito que el gobierno ha cometido graves errores en el trato de los armenios”, dijo Halil. “pero el daño ya está hecho. ¿Qué podemos hacer ahora? Sin embargo, si podemos corregir algunos errores, tendríamos que hacerlo. Lamento tanto como usted los excesos y las violaciones que se han perpetrado. Quisiera darle a conocer la opinión de la Sublime Puerta; admito que no hay justificación, pero pienso que existen circunstancias atenuantes que deben tomarse en consideración antes de juzgar al gobierno otomano”.

Y entonces, como todos los demás, habló acerca de los acontecimientos de Van, del deseo de los armenios de ser inde-

pendientes y de la ayuda que habían prestado a los rusos. Todo esto ya lo había oído decir varias veces.

“Le dije a Vartkés (un diputado armenio que, como muchos otros líderes armenios, fue luego asesinado), que si los armenios realmente deseaban una existencia independiente, tendrían que esperar un momento propicio. Quizás los rusos podrían derrotar a las tropas turcas y ocupar todas las provincias armenias. Entonces, yo podría comprender que los armenios quisieran establecerse como nación independiente. Le pregunté a Vartkés por qué no esperaban que llegara ese momento afortunado. Le advertí que no dejaríamos que los armenios nos molestaran y que si ellos se comportaban hostilmente con nuestras tropas, los alejaríamos del ejército turco y los mandaríamos al sur. Como usted sabe, Enver hizo la misma advertencia al patriarca armenio. Pero a pesar de estas advertencias amistosas, ellos empezaron una revolución”.

Le pregunté acerca de los métodos de ayuda financiera y le dije que el gobierno norteamericano ya me había enviado veinte mil libras.

“Es la tarea del gobierno otomano”, me contestó suavemente. “cuidar que esta gente no carezca de nada hasta que pueda mantenerse. ¡El gobierno cumplirá con su deber! Además, las veinte mil libras de que usted dispone no representan nada”.

“Eso es cierto”, contesté. “es sólo para empezar, pero sin duda alguna puedo conseguir todo el dinero necesario”.

“Enver Pashá, opina que ningún extranjero tiene que ayudar a los armenios”, dijo Halil. “No le digo que tenga razón, le repito únicamente su punto de vista. Enver dice que los armenios son idealistas, y que cualquier ayuda proveniente del exterior enfrentará sus aspiraciones nacionalistas. Decidió firmemente cortar para siempre las relaciones entre armenios y extranjeros”.

“¿Y con eso Enver pretende reprimir las actividades de los armenios?” pregunté.

Mi pregunta era un tanto irónica. Halil sonrió afablemente y contestó:

“¡A los armenios ya no les queda ningún recurso!”

Puesto que cerca de 500.000 armenios ya habían perdido la

vida. la réplica mordaz de Halil tenía una virtud fundamental: era la verdad.

“¿Cuántos armenios, en las provincias del sur, necesitan ayuda?” le pregunté.

“No sé, ni podría darle una cifra aproximada”.

“¿Algunos millares?”

“Pienso que sí”, dijo Halil, pero no puedo decirle cuántos exactamente”.

“Muchos sufrieron”, agregó. “porque Enver no podía disponer de tropas para defenderlos. Algunas tropas regulares los acompañaron y éstas se portaron muy bien; cuarenta perdieron la vida defendiendo a los armenios. pero tuvimos que retirar gran parte de los gendarmes para que prestaran servicio en el ejército, y los reemplazamos por otros que acompañaron a los armenios. Admito que estos gendarmes cometieron muchos excesos deplorables”.

“Muchos turcos no aprueban estas medidas”, dije yo.

“No lo niego”, contestó el afable Halil, y saludando cortésmente, se fue.

Enver, Halil y todos los demás insistían constantemente en el mismo punto; ningún extranjero tenía que prestar ayuda a los armenios. Algunos días después de esta visita el subsecretario de estado vino a la embajada norteamericana para comunicarme un mensaje de Djemal a Enver. En aquel tiempo Djemal tenía jurisdicción sobre los cristianos de Siria, y el interés manifestado por los cónsules norteamericanos hacia los armenios no era de su agrado. Ahora me pidió que yo ordenara a esos funcionarios “que dejaran de entrometarse en los asuntos armenios”. ¡Djemal no podía distinguir a los inocentes de los culpables. dijo el mensajero, y por lo tanto debía castigar a todos! Poco después Halil se quejó del hecho de que los cónsules norteamericanos mandaran a los Estados Unidos informes acerca de los armenios. El gobierno turco insistía en que tal actividad debía cesar.

En realidad, era yo quien enviaba gran parte de la información, y lo seguí haciendo.

CAPITULO XXVII

“NO VOY A HACER NADA POR LOS ARMENIOS”, DICE EL EMBAJADOR ALEMÁN

Supongo que las preguntas que más interés han despertado sobre la cuestión armenia son las siguientes: ¿Tomaron parte los alemanes? ¿Hasta qué punto era responsable el Káiser del asesinato de una nación? ¿Es que los alemanes lo favorecían o lo consentían solamente, o se oponían a las persecuciones? En los últimos cuatro años Alemania se ha hecho responsable de las páginas más negras de la historia. ¿Es responsable de esto también, indudablemente la página más negra de todas?

Mucha gente va a notar semejanzas entre las observaciones de los jefes turcos y la filosofía de guerra alemana. Voy a repetir algunas frases usadas por Enver y Ta'at mientras se discutían las matanzas armenias: “Los armenios mismos son responsables de su destino”; “Ya sabían lo que les iba a ocurrir; “Estábamos luchando por nuestra existencia nacional”; “El fin justifica los medios”; “No tenemos tiempo de separar a los culpables de los inocentes”; “Lo único que importa es ganar la guerra”.

Estas frases son familiares. ¿no es cierto? Podría repasar todas esas entrevistas con Enver, escribir la palabra Bélgica en lugar de Armenia, poner el nombre de algún general alemán en lugar de Enver y tendríamos expuesta la posición alemana con respecto a los pueblos sometidos. Sin embargo, las doctrinas prusianas son más profundas. En el procedimiento armenio, había un rasgo que era nuevo, que no tenía nada de turco. Durante siglos los turcos maltrataron a los armenios y a otros pueblos sometidos con una ferocidad inconcebible. Pero sus métodos siempre fueron crudos y desmañados. Sobresalen en golpear las cabezas de los armenios, lo cual indica los métodos brutales y primitivos que aplicaban al problema armenio. Comprendían las ventajas de matar, pero no el arte fino de matar. Los procedimientos armenios de 1915 y 1916 mostraron una mentalidad totalmente nueva. Esta nueva concepción era la deportación. Durante qui-

nientos años los turcos habían desarrollado miles de maneras de torturar físicamente a sus súbditos, pero nunca se les había ocurrido arrancarlos de sus casas y trasladarlos lejos, al desierto. ¿Cómo surgió en los turcos esta idea? Ya he descrito cómo el gobierno trasladó a alrededor de 100.000 griegos de sus hogares en el litoral asiático a ciertas islas del Egeo en 1914, justo antes de la guerra. He dicho también que el almirante Usedom, experto naval alemán en Turquía, me dijo que esto lo habían sugerido los alemanes. Pero el punto importante es que esta idea de deportar a la gente es exclusivamente alemana. Se ve esto leyendo la literatura pangermánica. Estos luchadores por un mundo alemán tienen planeada ya la evacuación de los franceses de ciertas partes de Francia, de los belgas de Bélgica, los polacos de Polonia, los eslavos de Rusia y de otros nativos de sus propios territorios y el establecimiento en su lugar de alemanes sólidos y honrados. No es necesario demostrar que esta es la política estatal de los alemanes; en los últimos cuatro años la han puesto en práctica. Han trasladado a miles de belgas y franceses de sus tierras natales. Austria-Hungría ha matado a gran parte de la población serbia y ha trasladado a miles de niños serbios a su territorio, con la intención de educarlos como súbditos leales del imperio. Hasta que termine la guerra no sabremos hasta qué punto han ocurrido estas cosas, pero sabemos que bastante se ha hecho.

Ciertos escritores alemanes han apoyado la aplicación de esta política a los armenios. Según el "Paris-Temps", Paul Rohrbach "recomendó en una conferencia en Berlín que los armenios fueran evacuados de Armenia. Habría que enviarlos a la Mesopotamia y reemplazarlos con turcos; de tal manera Armenia estaría libre de influencias rusas y Mesopotamia tendría los agricultores que le faltan". El objeto de todo esto era claro. Alemania estaba construyendo el ferrocarril de Bagdad, cruzando el desierto. Esto era esencial para el nuevo imperio alemán que se extendía desde Hamburgo hasta el golfo Pérsico. El éxito de este ferrocarril dependía del pueblo que viviera a lo largo de sus vías, necesitaba un pueblo trabajador y ahorrativo como los armenios; el turco era demasiado holgazán. Por eso estaba completamente de acuerdo con la política alemana: apoderarse de esta gente violentamente y transportarla al árido desierto. El hecho de que este pueblo

había vivido siempre en un clima templado no cambiaba nada para el pangermanismo. Encontré que Alemania había diseminado estas ideas por varios años y que sabios alemanes habían discutido el asunto. “Recuerdo haber escuchado la conferencia de un sabio profesor alemán”, me dijo un armenio. “Su punto principal era que los turcos habían sido demasiado compasivos con los pueblos no turcos, lo que constituía un error. Para asegurar la prosperidad del imperio —según el orador— tenían que obrar sin sentimentalismo hacia los pueblos y razas sometidas cuando esto conviniera a los planes turcos”.

Consta el punto de vista pangermánico sobre el asunto armenio y voy a citar únicamente las palabras del autor de “Mittel Europa”, Friedrich Naumann, el gran propagador de ideas pangermánicas. Naumann, que empezó su vida en el clero, detalla considerablemente las matanzas armenias de 1895-96 en su obra sobre Asia. Voy a citar algunos párrafos únicamente para demostrar la política alemana ante tales infamias: “Si tenemos que considerar solamente la matanza violenta de 80.000 a 100.000 armenios”, dice Nauman, “hay una sola opinión: se debe condenar enérgicamente a los asesinos y sus instigadores. Han cometido las más execrables matanzas jamás vistas, más numerosas y peores que las de Carlomagno con los sajones. Las torturas descritas por Lepsius superan todo lo conocido hasta ahora. ¿Qué es, entonces, lo que nos prohíbe decir al turco?: “¡Véte, miserable!” Una sola cosa nos lo impide, ya que el turco responde: “¡Yo también lucho por mi propia existencia!” Estamos convencidos a pesar de la indignación que nos despierta esta sangrienta barbarie, y creemos que los turcos se están defendiendo legítimamente, y que las matanzas armenias y la cuestión armenia son un problema de política interior turca, un episodio de la agonía de un imperio que trata de salvarse vertiendo sangre humana. Todas las grandes potencias, menos Alemania, siguen una política que trata de volcar o trastornar la política actual de Turquía. De acuerdo con esto, en nombre de los pueblos súbditos de Turquía exigen derechos del hombre o de la humanidad, o civilización, o libertad política, en resumen, algo que los transformaría en iguales a los turcos. Pero así como el antiguo estado romano no podía tolerar la religión del Nazareno, el imperio turco, que es en realidad el

heredero político del imperio romano oriental, no puede tolerar a los representantes del libre cristianismo occidental entre sus súbditos. En la cuestión armenia Turquía ve el peligro de extinción. Por esta razón recurre a un acto propio de un estado asiático salvaje; ha destruido a los armenios a tal punto que por largo tiempo no van a poder manifestarse como fuerza política. Un acto horrible, por cierto, un acto de desesperación política, con detalles vergonzosos, pero siempre es una parte de la historia política a la manera asiática. A pesar del desagrado que siente un cristiano alemán frente a estos hechos, no puede hacer nada, tiene que dejar que las cosas sigan su curso. Nuestra política en el Oriente está determinada, nosotros pertenecemos al grupo que protege a Turquía, nuestra conducta tiene que ajustarse a este hecho. No prohibimos a ningún cristiano ferviente ocuparse de las víctimas de estos crímenes horribles, criar a los niños y cuidar a los adultos. Que Dios bendiga estos actos compasivos como cualquier otro acto de fe. Solamente hay que cuidar de que estos actos de caridad no tomen la forma de actos políticos que podrían frustrar nuestra política alemana. El internacionalista, el que pertenece a la escuela inglesa del pensamiento, puede andar con los armenios. El nacionalista, el que no piensa sacrificar el futuro de Alemania a Inglaterra, en asuntos de política externa, tiene que seguir el camino señalado por Bismarck, aunque sea de sentimientos despiadados. Política nacional: esta es la razón moral por la cual, como hombres de estado, tenemos que mostrarnos indiferentes al sufrimiento de los pueblos cristianos de Turquía, aunque sea penoso para nuestros sentimientos humanos..... Este es nuestro deber, que tenemos que reconocer y admitir ante Dios y los hombres. Si por esta razón ahora mantenemos la existencia del estado turco, lo hacemos por nuestro interés, porque lo que tenemos en mente es nuestro grandioso futuro..... De un lado están nuestros deberes como nación, del otro nuestros deberes como hombres. A veces se puede elegir el camino del medio en un conflicto de deberes. Del punto de vista humano esto está bien, pero no está bien en un sentido moral. En este caso, como en todos los casos similares, hay que saber claramente de qué lado está el deber moral más grande e importante. Una vez adoptada la decisión, no hay que titubear. Guillermo II ha elegido.

Se ha hecho amigo del sultán, porque está pensando en una Alemania independiente más grande”.

Tal era la filosofía estatal alemana aplicada a los armenios, y yo tuve oportunidad de observarla también en la práctica. Tan pronto como llegaron los primeros informes a Constantinopla, se me ocurrió que la manera más factible de parar los ultrajes era una presentación colectiva al gobierno otomano por parte de los representantes diplomáticos de todos los países. En los últimos días de marzo me acerqué a Wagenheim y le hablé del asunto. En seguida demostró su antipatía hacia los armenios. Empezó a denunciarlos en términos desmedidos; como Enver y Talaat, trató el episodio de Van como una rebelión infundada, y según su criterio, los armenios no eran más que sabandijas traicioneras.

“Voy a ayudar a los sionistas”, dijo, pensando que esto me agradaría, “pero no voy a hacer nada por los armenios”.

Wagenheim se conducía como si la cuestión armenia fuera algo que concernía principalmente a los Estados Unidos. Mi constante intercesión a su favor, al parecer, creó en su mente alemana la idea que cualquier mitigación de las penas armenias sería una concesión al gobierno norteamericano. Y en ese momento no estaba dispuesto a hacer algo que agradara al pueblo norteamericano.

“Aparentemente, el único país que se interesa por los armenios son los Estados Unidos”, dijo. “Sus misioneros son sus amigos y su pueblo se ha hecho su guardián. Así que el ayudarlos es un asunto americano. ¿Cómo pueden esperar que yo haga algo cuando los Estados Unidos venden armas a los enemigos de Alemania? El Sr. Bryan acaba de publicar una nota diciendo que, siendo neutrales, no pueden dejar de vender municiones a Inglaterra y Francia. Mientras su gobierno sostenga esta actitud, no podemos hacer nada por los armenios”.

Probablemente, solo un dialéctico alemán hallaría una relación entre nuestras ventas de municiones a los aliados y los ataques turcos sobre centenares de miles de mujeres y niños armenios. Pero no podía hacer más progresos con Wagenheim en aquel momento. Le hablaba a menudo, pero cuando pedía clemencia para los armenios, invariablemente se refería a las granadas y bombas norteamericanas usadas en los Dardanelos.

Había ciertos alemanes de influencia en Constantinopla que no compartían el punto de vista de Wagenheim. Ya me he referido a Paul Weitz, corresponsal del "Frankfurter Zeitung", desde hacía treinta años, quien era el alemán que quizá más conocía los asuntos del Cercano Oriente. Wagenheim constantemente le pedía informaciones, pero no siempre seguía sus consejos. Weitz no aceptaba la actitud imperial hacia Armenia, creyendo que al negarse a intervenir se dañaría la imagen de su madre patria. Weitz constantemente explicaba este punto de vista a Wagenheim, pero adelantaba muy poco. Weitz mismo me contó lo ocurrido en enero de 1916, algunas semanas antes que yo dejara Turquía. Voy a citar sus palabras:

"Me acuerdo de lo que dijo usted al principio, respecto al error de la posición alemana sobre los asuntos armenios. Yo estaba completamente de acuerdo. Pero cuando presenté estos argumentos a Wagenheim, me echó del cuarto".

Otro alemán contrario a atrocidades era Neurath, el consejero de la embajada alemana. Llegó a tal punto su indignación, que al hablar con Enver y Talaat su lenguaje perdió casi toda la diplomacia. Sin embargo, me dijo que no había podido convencerlos.

"Están inalterables y resueltos a seguir su curso", dijo Neurath.

Por supuesto, ningún alemán podía impresionar al gobierno turco mientras el embajador alemán se negara a intervenir. Y al pasar el tiempo se hizo evidente que Wagenheim no deseaba detener las deportaciones. Sin embargo, por lo visto, quería reconciliarse conmigo y mandaba a terceros a preguntar por qué no lo visitaba nunca. No sabría decir cuánto tiempo hubiéramos quedado apartados si él no hubiese tenido una gran pena personal. El teniente coronel Leipzig, agregado militar alemán, falleció en junio en Lule Burgas en circunstancias trágicas y misteriosas. Murió de un balazo; unos decían que era un accidente, otros que se había suicidado, aún otros decían que los turcos lo habían asesinado confundiénolo con Liman von Sanders. Leipzig era uno de los amigos íntimos de Wagenheim. Cuando eran jóvenes, habían sido oficiales en el mismo regimiento y en Constantinopla eran casi inseparables. Inmediatamente visité al embajador para

expresar mis sentimientos de pésame. Lo encontré muy abatido y cansado. Me dijo que sufría del corazón, que estaba agotado y que había pedido unas semanas de licencia. Sé que no era solamente la muerte del amigo lo que lo preocupaba. Misioneros alemanes inundaban a Alemania con reportajes sobre los armenios y pedían al gobierno interceder y detener las matanzas. No obstante todo eso, Wagenheim demostró que era el militarista de siempre. Después de algunos días, cuando devolvió la visita, preguntó:

“¿Dónde está el ejército de Kitchener?”

“Estamos dispuestos a renunciar a Bélgica ahora”, siguió. “Alemania piensa formar una flota inmensa de submarinos de gran poder. Así que en la próxima guerra vamos a bloquear a Inglaterra y no necesitamos las bases de Bélgica. Las vamos a devolver a los belgas, tomando en cambio el Congo”.

Entonces de nuevo rogué por los cristianos perseguidos, y nuevamente discutimos largamente.

“En esta guerra los armenios”, dijo Wagenheim, “se han mostrado enemigos de los turcos. Obviamente, los dos pueblos no pueden vivir más en el mismo país. Los norteamericanos tendrían que llevar una parte a los Estados Unidos, y nosotros los alemanes mandaríamos algunos a Polonia y en su lugar enviaríamos judíos polacos a las provincias armenias, siempre que prometan dejar sus tendencias sionistas”.

Otra vez, aunque yo hablaba muy seriamente, el embajador rehusó ayudar a los armenios.

Sin embargo, el 4 de julio, Wagenheim presentó una nota formal de protesta. No habló a Talaat o Enver, los únicos que tenían poder, sino al gran visir, que era solamente una sombra. Su único propósito era tener alguna protesta alemana registrada oficialmente. La hipocresía de esta nota era más clara para mí que para otros, porque en el momento en que Wagenheim la presentaba, me estaba dando las razones por las cuales Alemania no podía tomar medidas para terminar con las matanzas.

Poco después de esta entrevista, Wagenheim partió hacia Alemania con licencia.

Wagenheim era un hombre duro, pero no era tan implacable hacia los armenios como el agregado naval alemán, Humann.

Esta persona tenía mucha influencia; su posición en Constantinopla correspondía a la de Boy-Ed en los Estados Unidos. Un diplomático alemán me dijo una vez que Humann era más turco que Enver o Talaat. A pesar de esta reputación, traté de aprovecharme de su influencia. Recurrí a él especialmente porque era amigo de Enver y era considerado el agente coordinador entre la embajada alemana y las autoridades militares turcas. Humann era enviado personal del Káiser, estaba en constante comunicación con Berlín e indudablemente reflejaba la actitud de los poderes reinantes de Alemania. Discutió el problema armenio con suma franqueza y brutalidad.

“He vivido en Turquía gran parte de mi vida”, me dijo, “y conozco a los armenios. Sé también que armenios y turcos no pueden vivir juntos en este país. Una de las razas tiene que marcharse. Y no culpo a los turcos de lo que están haciendo a los armenios. Creo que están plenamente justificados. La nación más débil tiene que ceder. Los armenios quieren desmembrar a los turcos; están contra los turcos y los alemanes en esta guerra y, por tanto, no tienen derecho de existir aquí. Pienso también que Wagenheim exageró cuando presentó su protesta; yo no lo hubiera hecho”.

Manifesté mi horror frente a semejantes sentimientos, pero Humann continuó acusando a la nación armenia y sosteniendo que los turcos no eran culpables.

“Es cuestión de seguridad”, contestó. “Los turcos tienen que protegerse, y desde este punto de vista están justificados en lo que hacen. ¡Cómo! En Kadikeuy encontramos 7.000 armas de fuego que pertenecían a los armenios. Al principio Enver quería tratar a los armenios con suma moderación y hace cuatro meses insistió en que se les diera una oportunidad más para demostrar su lealtad. Pero después de lo que hicieron en Van, tuvo que ceder al ejército, el cual seguía insistiendo en que había que proteger la retaguardia. La junta decidió deportarlos y Enver consintió de mala gana. Todos los armenios actúan para destruir el poder turco y hay que hacer una sola cosa, deportarlos. ¡Enver es realmente un hombre muy bondadoso; no puede hacer daño ni a una mosca! Pero cuando se trata de defender un ideal, lo hará valientemente y sin miedo. Además, los Jóvenes Turcos tienen

que deshacerse de los armenios simplemente para asegurar su propia protección. La junta es fuerte solamente en Constantinopla y en algunas otras ciudades. En todos los otros sitios la gente es muy "Viejo Turco". Y estos viejos turcos son todos fanáticos. Estos viejos turcos no están de acuerdo con el gobierno actual, así que el Comité tiene que hacer todo lo posible para protegerse. Pero no piense que otros cristianos sufrirán. ¡Cualquier turco puede hallar fácilmente a tres armenios entre mil turcos!"

Humann no era el único alemán importante que expresaba esta opinión. Se hicieron muchas insinuaciones indirectas acerca de mi "entrometimiento" en los asuntos turcos y comencé a perder popularidad en los círculos oficiales alemanes. Un día de octubre, Neurath, el consejero alemán, me llamó y me mostró un telegrama que acababa de recibir del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania. Este telegrama informaba que los Condes Crewe y Cromer habían hablado de los armenios en la Cámara de los Lores, habían declarado que los alemanes eran responsables de las matanzas y que habían recibido esta información de parte de un testigo norteamericano. El telegrama también se refería a un artículo del "Westminster Gazette", el cual decía que los cónsules alemanes en ciertos lugares habían instigado y aún encabezado los ataques, y mencionaba particularmente a Resler en Alepo. Neurath dijo que su gobierno insistía en que el embajador norteamericano en Constantinopla negara esas acusaciones. No quise formular el desmentido; dije que no me tocaba a mí decidir oficialmente cuál de las dos naciones, Turquía o Alemania, era culpable de esos crímenes.

Sin embargo, todos los círculos diplomáticos estaban convencidos de que el embajador norteamericano era responsable de la extensa publicidad que se daba a las matanzas armenias en Europa y en los Estados Unidos. Esta es la pura verdad. Lo admito. En diciembre, mi hijo Henry visitó la península de Gallipoli, donde fue recibido por el general Liman von Sanders y otros oficiales alemanes. Acababa de entrar en los cuarteles alemanes cuando un oficial se acercó a él y le dijo:

"Su padre está escribiendo artículos muy interesantes acerca de los armenios en los diarios americanos".

"Mi padre no ha escrito ningún artículo", contestó mi hijo.

"¡Oh!" dijo el oficial, "¡el que no firme los artículos no significa que no los escriba!"

Von Sanders también habló de este tema.

"Su padre está cometiendo un gran error", dijo. "No tendría que divulgar lo que los turcos están haciendo a los armenios. No es asunto suyo".

Viendo que no conseguían nada con insinuaciones, los alemanes decidieron pasar a las amenazas. A comienzo del otoño llegó el Dr. Nossig de Berlín. El Dr. Nossig era judío alemán y evidentemente vino a Turquía para trabajar contra los sionistas. Después de haber hablado conmigo acerca de sus actividades judías, me di cuenta de que era un agente político alemán. Vino a verme dos veces; la primera vez su charla era bastante indefinida; aparentemente, el objeto de su visita era conocerme y ganar mi amistad. La segunda vez llegó directamente al punto en cuestión. Acercó su silla a la mía y empezó a hablarme amistosa y confidencialmente.

"Señor embajador", dijo, "los dos somos judíos y quiero hablarle como un judío a otro. Espero que no se ofenderá si me aprovecho de esta circunstancia para darle un pequeño consejo. Usted toma demasiado interés en los asuntos armenios y no creo que se dé cuenta que, por esta razón, está perdiendo su popularidad ante las autoridades locales. En realidad, tengo que decirle que el gobierno turco quiere pedir su retiro. Sus protestas por los armenios no servirán de nada. Los alemanes no intervendrán y usted está arriesgando su carrera inútilmente".

"¿Me da este consejo porque realmente le interesa mi bienestar personal?" le pregunté.

"Sin duda", me contestó. "Nosotros los judíos estamos todos orgullosos de lo que usted ha logrado y no queremos que su carrera termine desastrosamente".

"Entonces vuelva usted a la embajada alemana", le dije, "y dígame a Wagenheim que pida mi retiro sin vacilar. Si tengo que ser mártir, será por una buena causa. En realidad sería un honor para mí ser retirado porque yo, un judío, hice todo lo posible para salvar la vida de millares de cristianos".

El doctor Nossig salió apresuradamente de mi oficina y no lo ví nunca más. Cuando me volví a encontrar con Enver le dije

que había oído decir que el gobierno otomano estaba por pedir mi retiro. Lo negó categóricamente. "No cometeríamos un error tan ridículo", dijo. No cabía la mínima duda de que la embajada alemana era responsable de esta maquinación.

Wagenheim volvió a Constantinopla a principios de octubre. Había cambiado muchísimo. Como escribí en mi diario. "se parecía exactamente a Wotan". Tenía una contracción nerviosa en la cara; llevaba un parche negro en el ojo derecho y parecía muy nervioso y deprimido. Me dijo que no había podido descansar en Berlín, pues se había visto obligado a trabajar casi todo el tiempo. Algunos días después de su regreso me encontré con él en el camino de Haskeuy; me dijo que iba a la embajada norteamericana y lo acompañé hasta allá. Talaat acababa de decirme que tenía la intención de deportar a todos los armenios que aún quedaban en Turquía. A raíz de esta declaración decidí hablar una última vez con el único hombre en Constantinopla que tenía el poder de acabar con los horrores. Llevé a Wagenheim al segundo piso de la embajada, allí podíamos estar solos y hablar sin interrupción; por más de una hora, mientras tomamos el té, tuvimos nuestra última charla sobre este tema.

"Recibí un telegrama de Berlín", dijo. "Parece que su secretario de Estado dice que usted ha declarado que se han matado muchos más armenios desde que Bulgaria se ha unido a nosotros".

"No he teleografiado tal información", contesté. "Admito haber enviado mucha información a Washington. He mandado copias de cada informe y de cada declaración al Departamento de Estado. Están seguros allá, y si me llega a suceder algo, el testimonio está completo, y la nación norteamericana no depende de mi informe oral. Pero esta última declaración suya no es exacta. Le dije únicamente al Sr. Lansing que Bulgaria había perdido la posibilidad de ayudar a los armenios desde que se había aliado a Turquía".

Discutimos las deportaciones una vez más.

"Alemania no es responsable de esto", dijo Wagenheim.

"Puede usted afirmarlo cuanto quiera", le contesté, "pero nadie lo va a creer. El mundo entero censurará a Alemania; la culpa de estos crímenes será su herencia para siempre. Sé que

usted ha presentado una protesta. ¿Pero de qué sirve esto? Sabé mejor que yo que no tendrá efecto. Yo no sostengo que Alemania haya instigado las matanzas. Pero insisto que es responsable de ellas porque tenía poder para acabar con ellas y no lo hizo. Y no solamente Norteamérica y sus enemigos actuales le echarán la culpa. Algún día la misma nación alemana llamará a su gobierno a rendir cuentas. Ustedes son cristianos y llegará el momento en que los alemanes se darán cuenta que ustedes, cristianos, han permitido que una nación mahometana destruya a otra nación cristiana. Su protesta de que yo estoy enviando información a mi Departamento de Estado es ridícula. ¿Pretehdé usted poder disimular estas horribles atrocidades? No se pórte como un avestruz, no piense que el mundo puede ignorarlas simplemente porque ustedes las pasan por alto. Son crímenes inolvidables. Y mi deber es informar a mi gobierno. Y no olvidé tampoco que misioneros alemanes y norteamericanos me están mandando informes acerca de los armenios”.

“Puede ser que usted tenga razón”, contestó el embajador alemán, “pero el gran problema que tenemos es ganar esta guerra. Turquía se ha arreglado con sus enemigos extranjeros; lo ha hecho en los Dardanelos y en Gallipoli. Quiere ahora arreglar sus asuntos internos. Teme que las capitulaciones entren nuevamente en vigor. Antes que suceda tal cosa quiere tener sus problemas internos en buen estado para no correr el riesgo de encontrar obstáculos por parte de las naciones extranjeras. Talaat me dijo que quiere llegar a esa meta antes de la declaración de paz. En el futuro no quiere que los rusos tengan el derecho de intervenir en los asuntos armenios porque haya un gran número de armenios en Rusia que estén afectados por los disturbios de sus correligionarios en Turquía. Giers hacía esto, todo el tiempo y los turcos no quieren que un embajador de Rusia o de cualquier otro país tenga tal oportunidad en el futuro. En todo caso los armenios son unos pobres diablos. En Constantinopla usted tiene contacto con los armenios de la clase educada, y se forma impresiones de acuerdo con ello, pero no todos los armenios son así. Sin embargo, admito que han sido maltratados. Mandé un hombre para investigar y nos informó que no eran oficiales turcos sino bandidos los que habían cometido los peores ultrajes”.

Wagenheim sugirió de nuevo que se mandara a los armenios a los Estados Unidos, y una vez más le hice ver que eso no podía ser.

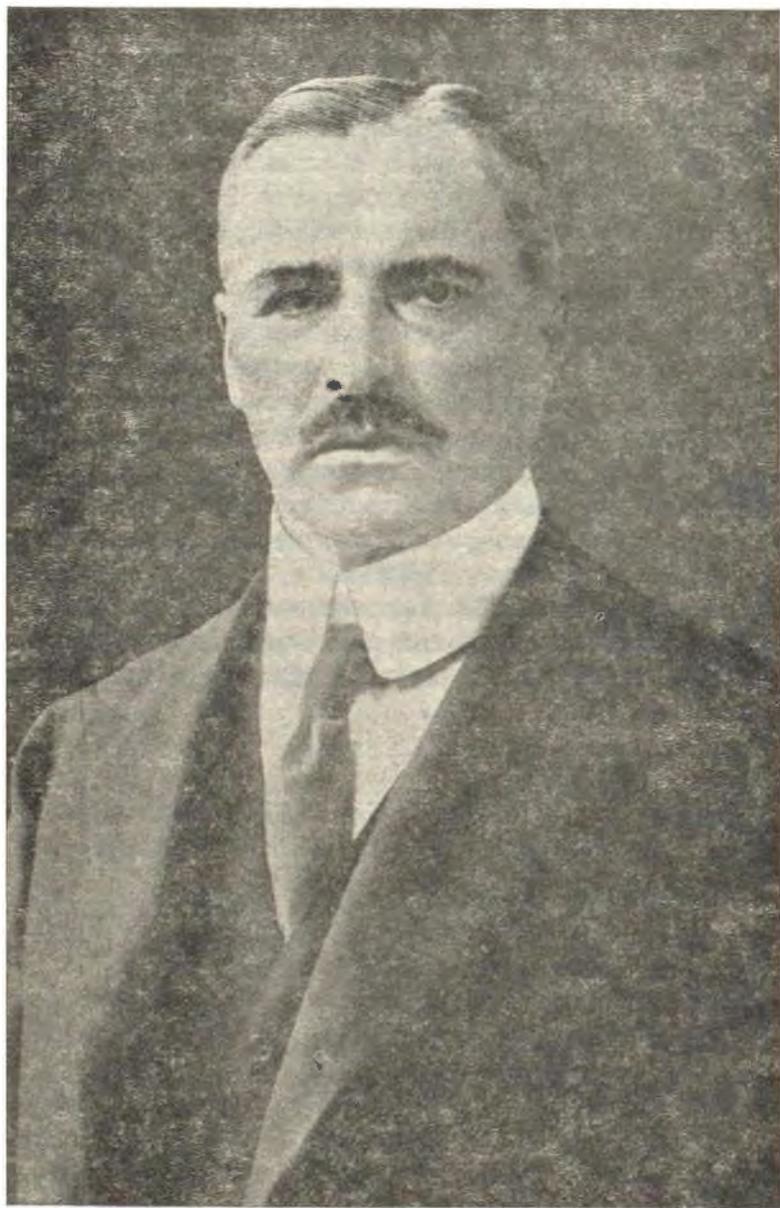
“Dejemos a parte todas estas consideraciones”, dije yo. “Consideraciones como necesidad militar, política de estado y otras —y pensemos únicamente en el problema humano. Recuerde que la mayoría de la gente maltratada son ancianos y niños desamparados. Usted, como ser humano ¿no podría permitir que sigan viviendo?”

Wagenheim contestó: “No puedo intervenir en este momento, los asuntos internos de Turquía no lo permiten”.

Vi la inutilidad de seguir esta discusión. Era un hombre que carecía de simpatía y de piedad humana. Wagenheim se levantó, de pronto emitió un sonido raro y sus piernas se doblaron. Lo sostuve antes de que cayera. Me miró aturdido, pero pronto volvió en sí y recobró su equilibrio. Acompañé al embajador hasta el auto y llegó a su casa en buen estado. Dos días después, mientras estaba cenando, tuvo un ataque cerebral; lo llevaron a la cama y no recobró más el sentido. El 24 de octubre me informaron oficialmente que Wagenheim había fallecido. Así que mi último recuerdo de Wagenheim es el de un embajador que, sentado en un despacho de la embajada norteamericana, se negó absolutamente a empeñarse en prevenir la matanza de una nación. Era el único hombre, y su gobierno el único gobierno, que hubiera podido acabar con esos crímenes, pero, como me dijo muchas veces Wagenheim “nuestro sólo propósito es ganar esta guerra”.

Unos días más tarde Turquía y el cuerpo diplomático rindieron homenaje a esta perfecta personificación del sistema prusiano. Las exequias se realizaron en el jardín de la embajada alemana de Pera. Había muchísimas flores. Casi toda la gente, a excepción de la familia, de los embajadores y de los representantes del sultán, permaneció de pie durante la simple y solemne ceremonia. Luego se formó la procesión; los marineros alemanes llevaron el féretro sobre la espalda, otros marineros alemanes llevaron las enormes coronas de flores y todos los miembros del cuerpo diplomático y los oficiales del gobierno turco siguieron a pie.

El gran visir encabezó la procesión; yo caminé todo el tiempo con Enver. Segufan todos los oficiales del **Goeben** y del **Breslau**, y todos los generales alemanes, de gran uniforme. Parecía como si toda la población de Constantinopla estuviera en la calle y celebrara alguna fiesta. Caminamos hasta Dolma Bagtche, el palacio del sultán, y pasamos por el portal por el cual entran los embajadores al presentar sus credenciales. En el desembarcadero una lancha a vapor aguardaba nuestra llegada, y allí estaba Neurath, el canciller alemán, listo para recibir el cadáver de su jefe fallecido. Pusieron el ataúd cubierto de flores en el buque. Cuando la lancha empezó a navegar, el alto prusiano Neurath, vestido con su uniforme militar, con un casco decorado de plumas blancas, permaneció bien derecho y silencioso. Enterraron a Wagenheim en el parque de la embajada de verano en Tarapia, al lado de su camarada el Coronel Leipzig. Era el lugar más apropiado para su tumba. Ese lugar había sido la escena de sus triunfos diplomáticos y desde allí, dos años antes, había dirigido por radio al **Goeben** y al **Breslau** y los había traído a Constantinopla sin peligro. Como consecuencia, fue inevitable que Turquía y Alemania se unieran y abrieran el camino hacia todos los éxitos y todos los horrores que siguieron a este acontecimiento.



BARON VON WANGENHEIM,
Embajador Alemán en Turquía.

Group 8561

ԵՊՀ Գրադարան



SU0221093

Este libro se terminó de imprimir
en Enero de 1975
Talleres Gráficos Armenia
El Salvador 4627 - T.E. 71-1424